808.8
MIS.1

ESTO, LO OTRO

Y

LO DE MAS ALLÁ

POR

EUSEBIO BLASCO

MEXICO.—1875.

IMPRENTA DE I. CUMPLIDO, CALLE DE LOS REBELDES NUM. 2.

Ej. 1

-5.11.63 3 038509

05-27025

I

A la marquesa de Santiago.

Díceme que envidias mi posicion y mi carrera, hermana querida, y á fé que soy dichoso.

¡Qué contento estoy! ¡Qué satisfécho de mí mismo!

Bendiga Dios la hora en que se me ocurrió escribir el primer verso, ó la primera línea de prosa.

No lo tomes á vanidad ni orgullo, pero voy á regodearme.

Esta profesion de escritor (y entremos ya en materia) tiene la gran ventaja de dar de sí.

Porque, vamos á ver: ¿á mí quién me priva ahora mismo de figurarme todo lo que quiera y crear todo lo que se me ocurra?

¡Oh! Semos los reyes del mundo. Con cuatro bastidores, cuatro actores y cuatrocientos versos, creamos un país una familia y una porcion de disgustos para ella, y aun para el público que va á enterarse del asunto.

Con ménos de eso todavía, con una pluma de acero y un poco de tinta empedramos un pedazo de papel y vamos levantando el edificio de la ficcion que mas pronto se nos viene á las mientes.

Hermana obediente y sumisa, si tomas una novela mia, sucumbes sin remedio. Te diré, por ejemplo, en el primer capítulo *Estamos en el Congo....* y no hay remedio; ó vente al Congo, sin despedirte de la familia, ó deja el libro. Miéntras leas mi novela, estarás donde á mí me diere la gana.

Y no me paro ahí. Se me antoja decirte en el principio del capítulo segundo: *Está lloviendo.*

No mires al cielo; porque si el cielo está sereno, no puedes seguir leyendo. O cree á la Providencia, ó creéme á mí. Yo mando.

Sigue la lectura:

El agua cae á torrentes...

¿Eh? Como yo me entusiasme, has de leer el capítulo con paraguas.

Maravillado estoy de mí mismo. Pensar que desde aquí, desde el modesto rincon donde me arriesgo á vivir puedo disponer de los elementos.....

Ya no me da la gana de que llueva. *Capítulo tercero.— El sol ilumina con sus dorados rayos las calles de la corte. El lector nos seguirá hasta la calle de la Palma Alta.....*

Anda, lectora; anda parienta: echa detras de mí, que vamos á la calle de la Palma Alta (como quien dice detras de la puerta).

Y te avienes y me sigues; y si no, no te enteras de lo que le va á pasar al héroe de mi novela.

Y á propósito. ¿Qué te parece el héroe de mi novela?

Es simpático, ¿eh? Buen muchacho, honrado, incapaz de

cometer una mala accion; en una palabra, todo un hombre de bien. ¡Como que se llama Felipe!

Ya sé que te ha interesado. Tanto, que me dejas sin leer las descripciones y las digresiones y pasas hojas enteras para ir á buscar la página donde se habla de Felipe.

¡Hola! ¡hola! ¿Conque me pasas hojas, y me desprecias párrafos enteros, por buscar á mi héroe? Pues aguárdate, que en este capítulo le voy á cortar la cabeza.

Capítulo veintitantos.—La emboscada. Se acabó Felipito; ya puedes rezarle un Padre Nuestro. Le acaban de rebanar el pescuezo, en el mismo portal de la casa de su amada.

La novela debe retratar á la sociedad. A todo hombre de bien, garrotazo. O soy ó no novelistas de costumbres.

Pero vamos, mujer, no te incomodes, que tampoco me sabe bien eso de que tires el libro. ¿Te has enfadado porque le he retorcido el cuello á ese jóven interesante?..... Pues no tengas cuidado, que para cada uno que se muere en el mundo, hay ciento que nacen. ¿Dónde está la mujer que mas te peta entre todas las de la novela? ¿Es Luisa? Corriente.

Capítulo sesenta.—Fruto de bendicion.

¡Ea! Ahí te regalo eso, en uso de mi derecho.

Y no hay mas remedio: en el mero hecho de ser lectora mia, estás á mis órdenes. O creer, ó morir de ilusiones conmigo, ó no leerme.

Solo una vez he transigido con mis lectores; cuando hacia el folletin de cierto periódico, que era una novela á propósito para mujeres y gente así.

Era aquella época para mí bastante séria y para los demas bastante divertida, porque para divertir á los demas no hay cosa como estar uno triste y sin dinero.

Yo escribia mi folletin al dia, de donde resultaba que el

dia que me cogia de mal humor, ó de mal bolsillo, que viene á ser lo mismo, el personaje de la novela que me caia mas cerca, moria como una cucaracha.

Parece ser que alguno de dichos personaje interesaba al público.

¡Ya lo creo! Tal les trataba yo, que á cualquiera le daba lástima!

La heroina era una pobre muchacha á quien yo llamaba Margarita.

Tanto me debí cebar en ella, que un dia recibí una carta, escrita de letra de mujer, sin firma y fechada en Valencia, en la que me suplicaba «que no mataso, por Dios, á la pobre Margarita.»

Quise ser condescendente; mas como la súplica vino en mal dia, serví á la lectora y me serví á mí mismo. No maté á Margarita..... ¡pero la casé!

Así dispongo yo de todo el mundo.

Ahora los tiempos han cambiado; ya no escribo nunca de mal humor, porque cuando tengo mal humor, no escribo.

Ahora todo lo contrario. Me dedico á edificar palacios, á colonizar países, países mios, países que á mí me da la gana de inventar. ¿Quién como yo?

Carísima deuda, permíteme que me regocije al contemplar mi poder. Permíteme que te diga que estás en mis manos.

¡Oh! ¡Si yo escribiera dramas ó comedias sérias! Aun haciéndolas muy malas, te haria llorar, y accidentarte y todo. Siempre tendria preparado un niño, muy chiquitin, para casos de apuro. Como no te conmovieras pronto, ya verias; echaria á la escena el chiquitin en una situacion *adhoc* le haria decirle á su padre que por qué no queria á su mamá (suponiendo que el matrimonio anduviera á la greña): ó

BIBLIOTECA NACIONAL

si el padre era mal trabajador y perdido le haria yo decir al niño que tenia hambre, ó cosas por el estilo. O sin sacar al niño siquiera, haria que un personaje de mi drama amenazara á la madre con robárselo, ó..... ¡qué sé yo! ¡Si hay cosas que hacen llorar siempre! Yo siempre he visto llorar al público en parecido caso.

No hay nadie como el escritor en el mundo. No hay podecomparable al del poeta. Llevamos la sociedad en el bolsillo; unos, en el bolsillo de pecho, otros en el bolsillo de atras.

Ahí está Zorrilla, que es de los mios. Con la mayor seguridad nos ha dicho muchas veces:

Yo sé por qué es dulce la miel de la abeja:
Yo sé por qué vuela tan alto el condor:
Yo sé cómo el viento se lleva la nave:
Yo sé cómo al cielo la luz da color:
Yo sé por qué silban el viento y el ave....

En fin, él lo sabe todo y yo lo sé tambien, y de buena tinta, y cuando no, me lo figuro. En esas cosas somos muy prácticos todos los que hacemos versos, y no nos equivocamos nunca.

Cuando á mí me da por ahí, ó por allá, no me quedo corto: en cierta ocasion le dije á cierta mujer, en ciertos versos de un álbum, que todos los claveles de un prado (que no debia ser ni el de San Fermin ni el de San Gerónimo) iban todas las mañanas á pedirla colores prestados. Ahí tiene usted lo que son las cosas. Y á otra mujer, otra vez, la llamé Diana, que es nombre de perra.

Y en fin, á otra la llamé Citeréa, y la dije que habia nacido de una gota de rocío; y sin embargo, ella creia que se llamaba Vicenta y que era de Majaceite.

¡Escritores! ¿estais convencidos de que sois capaces de todo?

¡Poetas! ¿podreis dudar de que el mundo es vuestro?

Yo me miro de arriba abajo y de derecha á izquierda, y no puedo ménos de exclamar:

—¿Quién como yo?

Yo creo, yo invento, yo doy vida á quien me da la gana y estrangulo á quien mejor me parece. Yo soy el amo.

Pero ¡ah! tres veces ¡ah! A pesar de todo, he observado una cosa, que me entristeceria si no estuviera ya triste.

Y es que por mas vueltas que le doy á la imaginacion, no puedo crear ni siquiera un *triste* billete de cincuenta escudos.

Adios, Carolina.

II

Amanece.—Dos luces.—Los que duermen y los que velan.

21 de Junio de 1866.

A S....

¿Qué harás tú en este momento?

Probablemente dormirás con la tranquilidad del justo, y serás feliz. Soñarás fingidas venturas, y serás dichosa.

Si mañana cuando despiertes tienes la ocurrencia de leer un libro, y en ese libro están en letras de molde estos pensamientos míos que voy escribiendo con malísima letra, verás lo que sucede en el firmamento miéntras tú duermes y sueñas.

Dos luces enemigas están luchando á muerte, y me han elegido por juez del combate: la luz artificial y la luz natural.

En ese crítico momento en que la noche agoniza y el dia nace.

Hace un instante la noche estaba oscura y mi balcon abierto.

La luz de mi quinqué se derramaba por la mesa y procuraba inundar el cuarto.

¡Qué orgullosa estaba! Ejercia sobre mí el despotismo de todos los tiranos que fian en su porvenir. Heria fuertemente el blanco papel de mis cuartillas, y el reflejo que producia me turbaba la vista. Era una lucha traidora que yo no podia evitar.

El reflejo es el arma mas poderosa de la luz. Es la luz hiriendo de muerte sin dar la cara.

A veces mis ojos se cerraban cansados; pero entónces el frio de la mañana penetraba por el balcon como un salteador, y me decia con su aliento frio: «¡Alerta!»

De pronto oí campanas, y no supe dónde.

Dieron las cuatro.

Palidecian las estrellas.

Esperé á mis aliados los rayos del sol.

No se hicieron aguardar: alcé los ojos al cielo, y vi el cielo abierto. Y como mi alma estaba sumida en la confusion, dije lo que dicen los traidores en los melodramas:

—¡Ah! ¡Qué rayo de luz!

Era un rayo de luz, en efecto.

Un rayo de luz que traia el mensaje.

Un rayo de luz que venia á decirle al quinqué:

—¡Ríndete, ó muere!

La luz del quinqué no se dió por vencida; contestó con un chisporroteo insolente, repulsivo, y derramó una luz rojiza fatídica.

Abrí el balcon de par en par.

Las dos luces se hallaron frente á frente.

Un lucero brillante, deslumbrador, huia despavorido.

Los luceros mueren cuando el sol sale, y tú, luz artificial, miserable y raquítica, ¿pretendes resistirte?

La alborada es ya visible. El aire matinal ayuda á la luz del alba en el combate, sopla, y llega hasta el quinqué rebelde.

El quinqué se anima, se defiende con malas armas..... esparce tufo para asfixiar á la aurora.....

¡Quiere matarme!..... ¡Quiere matarnos!.....

Pero todo es en vano. La mañana nace y derrama tesoros de luz: ante esa luz la artificial palidece, y aunque luce, ya no se la ve; los rayos del nuevo sol la han absorbido.

¡Buenos dias, Aurora! ¡Bien venida seas, ave fénix del mundo! Te ví morir ayer tarde; tus cenizas eran estrellas, y esas estrellas que palidecen y espiran ahora, anuncian tu renacimiento. Los desesperados han velado tu sueño. ¡Vela tú el suyo!

¡Muere, luz artificial! ¡Maldita seas, enemiga de la imaginacion, compañera del crímen, cómplice de la falsa hermosura, recurso de las feas, hipócrita y engañosa, destructora de la vista, Mecénas del miedo, terror del mundo!..... ¡Muere, luz del quinqué! ¡Paso á la mañana! ¡Ah, lectora! ¡Tenemos un dia mas! ¡Un dia ménos!

Las cuatro y cuarto.

La calle está desierta todavía.

¿Qué pasará en esa fila de casas que se ven desde el balcon de mi cuarto?

¡Cuantás historias!

¡Cuántos sueños!

¡Cuántos insomnios!

La hermosa que estuvo anoche en la *soirée* donde la llamaron *ángel*, no ha concluido aún de desnudarse. Van cayendo de su frente las esmeraldas y los brillantes, de su cuello las perlas, de su cabeza las flores, de su corazon las ilusiones que han de dejar paso á otras nuevas. La hermosura va pasando de idealismo á realidad; la poesía se va tornando en prosa. Aquella mujer está sola consigo misma, y ya no es la que hace dos horas.

La vieja que estuvo en la reunion de confianza, duerme hace seis horas, roncando de un modo espantoso.

El amante da vueltas en la cama pidiendo permiso á los celos que le dejen dormir.

La adúltera se despierta sobresaltada.

El teniente de infantería refunfuña porque el asistente le avisa que es hora de ir al ejercicio.

El estudiante, el poeta caen de bruces sobre el papel, rendidos de sueño y fatiga.

Las niñas de quince abriles murmuran soñando: «¡Arturo!»

El avaro abre los ojos gritando: «¿Quién anda ahí?»

El jugador se revuelve desesperado en el lecho.

Los pobres despiertan en el quicio de una puerta ó en medio del campo.

Los millonarios respiran agitados.

¡Ay! ¡Cuántas penas adormidas van á despertar dentro de poco.

¡Cuántos pesares ocultos van á recibir del sol el beso de Júdas!

Poco á poco el sol avanza, la poblacion despierta, el ruido comienza. ¡Salud, nuevo dia!

¡Un dia mas! ¡Un dia ménos!

¡Veinticuatro horas de nuevos disgustos, de nuevas pesadumbres, de nuevos cuidados, de nuevos desengaños, de nuevos afanes y de nuevas canas!

Por allí va un hombre corriendo; es un hombre que ha pasado la noche en vela pensando en el negocio que piensa realizar hoy.

Pero no; no es un hombre.....

Es un procurador.

Un procurador que va corriendo como un loco en pos de la ganancia.

¿Y aquel otro que cruza la acera silencioso y triste?

Pudiérase asegurar que la felicidad no le sobra.

No corre como el otro.

No cruza las calles apresurado sin ver á nadie y sin ocuparse de lo que encuentra al paso.

Es un desgraciado que pasó tambien la noche en vela rumiando pensamientos que no puede realizar, y acariciando la idea de una muerte próxima.

¿Y aquel otro?

¡Qué diferencia de fisonomías! ¡Qué cara tan satisfecha la de éste!

Es el amante que espera á la aurora para ver el sol de su alma.

—¿Y aquel?

—¿Aquel que corre la calle mirando al suelo?

Es el mendigo que ha dormido en el campo.

El mendigo, que mira con avidez al suelo buscando algo para desayunarse.

¡Todos buscan algo!

Todos han dormido, y en cuanto despiertan se abalanzan á sus respectivas presas.

Yo no he dormido, y voy á acostarme, con tu permiso, lectora.

¡Qué dichosa eres!

Te envidio.

Seguro estoy de que no has observado al despertar que te apunta una cana ó que te nace una arruga.

¿Verdad que eres feliz al despertar hoy con veinticuatro horas de vida..... de ménos?

Yo envidio tu fortuna.

En cambio, puedo asegurarte que en esas veinticuatro horas se ha caido pelo de muchas cabezas.

Han nacido grandes sombras debajo de muchos ojos.

Yo he consumido el contenido de medio tintero para escribir unas inspiraciones que me han entristecido.

Y ademas, siento languidez en el estómago.

Hé aquí el resúmen de las veinticuatro horas pasadas.

¿Y el programa de las veinticuatro horas venideras?

A ver si estás conforme:

Todos los que despiertan necesitan desayunarse.

Y almorzar.

Y comer.

Y cenar.

¡Y al dia siguiente lo mismo, y al otro, y al otro!

Un dia mas significa cuatro comidas mas.

Cuatro comidas indispensables, necesarias, ineludibles, de imprescindible atencion.

Cuatro comidas, para cuya adquisicion ha de pasar la humanidad veinticuatro horas mas de penas y trabajos.

Cuatro comidas que simbolizan el movimiento universal.

Cuarto comidas, para cuya confeccion se mueven todas las máquinas del mundo, todas las manos, todas las inteligencias y todas las pasiones.

¡Un dia mas..... ¡y para eso!

¡Ah, lectora! Convengamos en que la vida es bien prosaica y grosera.

¡Probad á no comer mañana, hombres y mujeres de todos los países!

Probad á no á hacer uso del estómago, y todo habrá concluido.

¿No es verdad que la observacion es horrible?

¿No es verdad que un dia mas es un insulto de la realidad á las ilusiones?

¿Qué hacen los habitantes de esas dos filas de casas que yo veia poco tiempo há desde el balcon de mi cuarto tercero?

¡Estarán almorzando!

¡Ah! ¡Qué cosa tan triste!

¿Qué es lo que alumbra el sol en este momento, ese sol que viene á matar la luz artificial?

¡Alumbra á la humanidad, que abre y cierra la boca!

Pasiones, deseos, insomnios, todo lo que yo observaba con tanto gusto en la soledad de la noche ¿qué significais?

¡Prosa vil, y nada mas que prosa!

Despues de esto..... ¡sea usted poeta!

¡Haga usted versos, y cante al sol y á la luna!

¡Encomio lo ideal, lo bello y lo sublime!

¡Intente probar que la vida es senda de flores, y el amor la piedra de toque del corazon humano!

.....

Lectora, buenos dias.

III

Dos opiniones autorizadas.—Los españoles son útiles para todo.
Diálogo ante un cuadro.—Un zapatero que es todo un país.

Hace pocos dias he leido en un periódico:

«Don Fulano de tal no sabe escribir.»

Y en otro:

«La obra tal de don Perengano, es un buñuelo [1].»

Esto me anima á que hablemos un rato, lector amigo.

Supóngote informado completamente de que no se puede repicar y andar en la procesion.

España es un país (algun nombre lo he de dar) donde todos servimos para todo.

Así es, que repicamos, andamos y lo hacemos todo á un tiempo de la manera mas lastimosa, por lo cual, no hace nadie lo que debe, y el concierto social resulta delicioso.

[1] Frase textual.

Los militares escriben comedias; los comerciantes se meten á banqueros; no hay un gacetillero, por feo que sea, que no sepa triturar un drama, ya que no escribirlo; médicos poetas, hay tantos casi como poetas asesinos; conozco condes que pican un toro lo mismo que guian un coche; y hay ciudadano que ayer tenia una tienda de perfumería, hoy *monta* una sociedad de crédito y mañana tal vez edificará una cárcel, ó la habitará, si se ofrece. Pues ¿y periódicos? ¿Quién no sirve para hacer periódicos en España? (Malos ó buenos, eso sí, pero todo es hacer.) ¿Y en punto á representar comedias? De cualquier cosa se hace un actor; todos servimos. El que no es *gracioso* es *galan*, y si no lo son se lo figuran, y da lo mismo. El que no es *barba*, es *traidor*, y el que no es traidor le falta poco. Cualquiera sirve para hacer *segundos y aun terceros*, y no hay nada mas sencillo que ser padre ó pasar por ello. En fin, un español puede ser de todo, sin necesidad de aprender nada. Hombre, ¿qué mas? Hasta hay personas que saben llevar una levita, y aun me arriesgo á creer que pueda existir quien sepa pagarla.

Convengamos, pues, en que, dado un país á cuyos habitantes casi casi no les falta mas que hablar y sirven para todo, la resolucion del mas grave asunto se puede encomendas al ciudadano mas insignificante.

Es admirable en extremo eso de abarcar mucho, porque de este modo se pueden evitar lances como el que ocurrió en cierto lugarejo de Aragon, donde habia necesidad de ahorcar por homicida á un herrero, único en su clase. Como el herrero era muy necesario, la justicia resolvió perdonarle la vida, y ahorcar en su lugar á un inocente tejedor, porque tejedores habia tres ó cuatro mientras que herreros no habia mas que uno.

En materia de artes y literatura, la disposicion universal de los individuos es cosa averiguada entre nosotros. En primer lugar, aquí todos sabemos de arte alguna cosa. ¿Quién na sabe decir, por ejemplo, que tal pintor vale mas que tal otro, y que el artículo de Fulano está escrito con los piés? No hay nada mas fácil que salir un hombre de su casa, dar una vuelta por la Puerta del Sol, comprar un periódico por dos cuartos, sentarse en un café, tomar una copa de coñac, y entre sorbo y sorbo leer un rato, y decir en seguida:

¡Hombre! ¡Qué *inocentito* es esto!

«La comedia estrenada anoche en el Teatro de..... tiene, á vueltas de muchos defectos, algunos rasgos acertados. Su ejecucion fué deplorable.»

Sueltos parecidos á este invaden todos los dias los periódicos de Madrid.

Supongamos que un hombre encuentra á otro en la calle, y le dice en estas ó parecidas palabras:

—Es usted un bandido. Páselo usted bien.

—¡Hombre! ¿Por qué? responderá el interpelado pensando cristianamente.

Porque de cada cien ataques como este, en noventa y nueve y medio se dará el caso de tener que anunciar en el *Diario* la pérdida de unas narices.

Entremos en el terreno de las comparaciones.

No hace mucho tiempo estaba yo admirando un cuadro de Mercadé, *La traslacion de San Francisco*. Un crítico de peso (catorce arrobas próximamente) se acerca á mí y me dice:

—¿Qué tal?

—¡Admirable! respondo.

—En efecto, es admirable. Recuerda á Murillo; ¿eh? No

enteramente, porque para estas cosas, Murillo; ¿verdad? ¿Usted conoce á Murillo?

—No señor; nací un poco despues que él.

—Para estas cosas de santos, Murillo. ¡Oh! Esto es bueno, sí, muy bueno, pero Murillo..... ¡Oh! ¡Murillo!.....

—Sí, sí, pero se trata de Mercadé, amigo mio; yo estoy admirando á Mercadé.

—Es verdad, no digo que no..... Reparo usted en esa figura..... Ahí tiene usted algo de Paul Delaroche, ¿eh? ¿No le parece á usted? ¿Usted ha visto esos cuadros de Paul Delaroche?

—No señor, no me acuerdo.

—¡Oh! ¡Pues no sabe usted lo que es bueno! ¡Aquello sí que es pintar!..... Por supuesto que no pretendo quitarle mérito á este cuadro. Pero Paul Delaroche..... es de lo poco que queda; porque convengamos en que la pintura cristiana ha muerto, como ha muerto el arte dramático, y como ha muerto la música española.....

—Y usted tambien se morirá, y le enterrarán probablemente.

—¡Je! ¡je! ¡Qué bromista! Pero confiese usted que este cuadro no vale, por ejemplo, lo que el de Claudio Coello.... Y sobre todo, á mí me irrita que se les dé mucho valor á ciertas cosas, y así lo pienso decir en mi primer artículo. Pintor de estos hay que tasa en cuatro ó cinco mil duros su trabajo. ¡Por Dios, hombre! Yo llevo veinte años de médico y casi no he ganado eso.

—Pues, amigo mio, ha hecho usted mal, porque podia usted haber pintado un par de cuadritos como el que estamos mirando, y le salia á usted la cuenta.

—¡Ya! ¡Es que yo no sé pintar cuadros!

—En cambio sabe usted criticarlos, y váyase el uno por lo otro.

Hay que convenir en que la ilustracion crítica de este país es admirable.

Un ejemplo para terminar.

Hízome en cierta ocasion un zapatero unas botas tan sumamente estrechas que no era posible dar un paso, una vez puesto el pié dentro de ellas. Resolví quejarme al *artista* que me las habia hecho, y al efecto me presenté en el establecimiento.

Sepa usted, maestro, que estas botas no me sirven.

—¿Y por qué? me preguntó el maestro, mirándome como si fuera á declamar el desafío del Cid.

—Porque son estrechas; porque me aprietan; porque indudablemente no están hechas á mi medida; en una palabra, porque están mal hechas.

—¡Hombre! exclamó el zapatero, dando con el pié en el suelo. ¿Conque están mal hechas, eh? ¡Vamos, usted se figura, por lo visto, que es lo mismo hacer un par de botas que escribir una comedia.

El lector hará los comentarios oportunos.

IV

Un poco de aplicacion á las observaciones anteriores.
Actor, director y autor.

Una de las cosas mas difíciles del mundo es el fingimiento.

Parecerá un poco arrisgada esta opinion, pero creo que bastará reflexionar un poco en lo abundante que anda la desconfianza en este bajo mundo; de donde resulta que si aun aquellas cosas que son verdad se le figura á uno que son mentira, ¿cuán difícil no debe ser conseguir que las mentiras parezcan verdades?

Ahora bien: el arte de representar comedias no es mas que el fingimiento llevado á la sublimidad.

Un buen actor, pues, debe estar ocupado constantemente en estudiar la manera de hacer creer al público lo que el público está dispuesto á no creer. Ocuparse de otra cosa seria perder un tiempo que le haria mucha falta, porque el libro donde el observador estudia no se acaba de leer nunca.

Cuando veia á Julian Romea hacer *La mujer de un artista*, llegaba á creer durante la representacion que aquel hombre no era Julian Romea, sino un pintor ciego que se desesperaba en momentos dados al contemplarse infeliz. Me conmovia; caia el telon, recordaba que el ciego era un actor, y le aplaudia. Así es el arte.

Decia en el capítulo anterior que todos los españoles sirven para todo, y que apénas hay uno que no se dedique á dos ó tres cosas á la vez. Sirva hoy un ejemplo.

Hablemos de los actores.

Hubo un tiempo en que la poesía solo era buena

hecha á moco de candil,

y en que el genio y el interes andaban á cachetes. Nunca el cálculo fué amigo de la inspiracion, ni se han dado muchos casos de artistas usureros. Pero hoy lo hemos arreglado de otra manera, y las cosas han llegado á tal punto, que en materia de obras dramáticas, por ejemplo, ya nadie pregunta al saber que tal obra ha tenido gran éxito: «¿Pasará á la posteridad?» sino: «¿Dará dinero?»

Hablándole yo á un comerciante del interes que tenia cierta comedia, me preguntó si era muy crecido. Todos, pues, público y artistas, estamos por lo positivo. Se trata de hacer dinero.

El autor es uno de los personajes de nuestra época que necesita mas que nadie *buscarse la vida*, como vulgarmente se dice, porque, ya se ve, como el pobrecito gana poco y gasta lo bastante, siempre sale alcanzado. ¡Es un dolor eso de ganar tan poco dinero! Actor hay que dice, sentado á la mesa de un café, donde le están escuchando catorce ó quince personas:

—Ya ve usted, este año, por complacer á don Fulano (el

empresario), y porque no digan, me he escriturado por una miseria. Ni mi categoría, ni mi posicion me permiten hacer estas tonterías, y no volveré á contratarme por cuatro cuartos.

Lector piadosísimo, si me prometes no decirlo por ahí, te contaré que ese desgraciado artista, digno de mejor suerte, no gana mas que diez ó doce miserables duros diarios. ¡Oh! ¡Esto es tristísimo! Lo que ese actor dice conmueve á las piedras, á los marmolillos, á las estatuas, á todo el mundo (ménos al público). ¡Diez ó doce duros diarios! ¡Una miseria! ¡Siete mil doscientos miserables reales al mes! ¡Ochenta y siete mil cuatrocientos reales al año! Cualquiera gana mas que eso en los tiempos que corren.

Así sucede que esos pobres actores se desesperan, se irritan, y en saliendo á la escena no hay héroe, rey ni personaje respetable á quien no destrocen y asesinen, como si ellos tuvieran la culpa. Y así sucede que como el público se queda confundido y como si le hubieran dado una paliza, el artista, que tiene el derecho *de imponerse* (algo ha de tener al fin) á las multitudes, se adelanta, lanza los últimos versos de un *parlamento* con voz tonante y amenazadora, se pone verde, como hombre capaz de todo, y al acabar su relacion recibe inmediatamente el aplauso, porque tengo para mí que los espectadores se dicen unos á otros con sobresalto y miedo: «Si no le aplaudimos, ¿qué va á ser de nosotros?» El que mas y el que ménos tiene familia y aprecia su vida. ¡Y figúrese usted si el actor que destroza á Cárlos V ó al emperador de todas las Rusias será capaz de acabar con un pueblo entero! Dele usted á ese actor un sueldo decente, déjele usted que diga sus papelitos con la tranquilidad del justo y sin segunda intencion, y verá usted cómo podremos estimarle en lo que vale. Pero, no señor, me le tiene usted

achicado con esa miseria de doscientos cuarenta reales por dia, que cualquier hombre de ciencia los gana en un mes cuando Dios quiere, ¿qué ha de resultar? Lo que resulta.

Admitido, pues, que un actor no gana lo necesario para poderse consagrar en cuerpo y alma á su arte y apoderarse del corazon del espectador, no me extraña que se dedique á otra cosa; verbigracia: á empresario de un teatro.

Esta emfermedad de hacer versos que padecemos doce ó trece millones de españoles, ha degenerado de algun tiempo á esta parte en epidemia, y así como cuando el cólera ó la fiebre amarilla invaden una poblacion los atacados de la invasion no se llaman Fulano, ni Zutano, ni habitantes, ni siquiera personas, sino *casos*, de la misma manera todos los españoles han venido á ser *autores* sin comerlo ni beberlo.

Hay hombre que lo mismo hace diez ó doce escenas que haria una sillería de gutapercha, y está averiguado que hay su receta infalible pra escribir comedias que le gusten al público, como la hay para hacer croquetas ó puré de patatas.

Cualquiera sabe hacer una buena comedia, y si no sabe hacerla la traduce, y si no, la copia, y hasta me han contado que hay quien las compre hechas, lo cual es mas cómodo. Así pues, esto de dar una comedia al teatro es cosa fácil y al alcance de todas las fortunas; por consiguiente, el autor es uno de tantos individuos de un gremio; es un sér adocenado que no tiene nada de sorprendente.

La notable seria pertenecer á una clase dentro de la cual se comprendieran pocos individuos. Lo que escasea es lo que se estima, y los autores abundan, y aun sobran, por todo lo cual no deben exigir grandes cosas.

Esto deben pensar los empresarios, y si no lo piensan, ellos se lo pierden. El autor, pues, debe estar muy por bajo

del actor y del empresario. Esta es la nueva y consoladora teoría que va poniendo al teatro español á la altura en que todos le vemos.

Pues señor, que usted, don Fulano de Tal y de Cual, literato eminente y autor reputado, le da una obra al primer actor don X..... de X..... empresario de tal teatro; que la obra se reparte, se lee y parece bien á los actores (cosa muy grave, por dos razones: primera, porque los tales tienen un gusto muy exquisito, y segunda, porque como á ellos les guste, esté usted seguro que al público le disgustará,) y que le citan á usted para el ensayo al dia siguiente. Bueno; vámonos al ensayo.

El actor empresario es el primero que habla siempre; es el que dice á los actores cómo deben declamar sus papeles y por dónde deben salir y entrar. Usted, autor, va á hacer una observacion, y en seguida el empresario artista le corta á usted la palabra para decir:

—Sí, eso es; justo; de esta manera (ó de la otra.)

Dice su papel en voz muy baja, para que no se entere nadie, y porque los grandes artistas se *reservan* siempre para el dia de la funcion. Si usted se atreve á decir cómo se debe expresar tal ó cual idea, responderá sonriendo desdeñosamente:

—Ya sé, hombre, ya sé. El dia del estreno yo diré mi papel.

Llega un trocito que no le gusta, y delante de todos los presentes, y esta vez en alta voz, le dice á usted:

—Mira, chico (el autor y el actor se tutean generalmente, porque todos somos iguales,) esto no me hace gracia. Es menester que me cortes algo.

Y usted le cortará algo, aunque no todo lo que quisiera. No se incomode usted por eso, porque al fin y al cabo, to-

do es en beneficio de usted y de la obra. Verá usted cómo diciendo el actor su parlamento despacio, siguiendo despues mas de prisa (*picadito, picadito,* como decimos,) y acabándolo bajando de tono con mucha viveza y medio mascullado, verá usted cómo resulta el efecto, y el público aplaude, y se arma el escándalo. Así es el arte, amiguito; esa es la cuestion.

Todo eso y mucho mas no lo sabia usted y el actor sí; de modo que aunque usted no pueda desplegar sus labios en el ensayo y usted crea que las cosas deben decirse así ó asá; segun el sentido comun lo ordena, como él sabe mas, usted se calla y aguanta, que á todos nos conviene.

Y si no, se expone usted á que le digan que se equivoca y á que, si se llama usted..... Manuel, verbigracia, diga el actor sonriendo:

—¡Qué cosas tiene este Manolo!

¿Eh? Usted creeria tal vez que dentro del tratro era usted el autor; el que sabe cómo se ha de representar la obra, el que debe llevar la batuta; el que da la primera materia; el que sirve de base á la empresa; el que con un éxito da de comer á treinta ó cuarenta familias; el que exponiéndose en otro caso, á la silba segura, á pesar de todo, con sus versos, que le producirán veinte ó veinticinco mil reales, asegura los ochenta y siete mil y pico del actor que ha de repetir sus versos de usted á su manera: usted creia ser todo eso, ¿verdad? Pues no señor; usted es *¡Manolo!*

No es, pues, de extrañar que, valiendo el autor tan poca cosa, el pobre actor tenga que acumular trabajo sobre sí y parecer inmodesto y petulante, haciéndose por derecho propio, no solo empresario ya, sino *director de escena*.

¿Qué le han parecido á usted las anteriores reflexiones?

¿Cree usted que no están en su lugar? Pues todavía falta un poco, como remate de cuentas.

Como el actor tiene tanta práctica y tanto conocimiento de la escena (ya recuerda usted que cuando dice que la comedia gustara no gusta, y viceversa;) como tiene tal conocimiento y sabe que los buenos autores y las buenas comedias escasean, y como él, siendo empresario necesita dar obras nuevas al teatro, ¿qué ha de hacer? Coger y meterse á poeta, como el personaje de Moratin. Ello al fin no es grave cosa hacer media docenita de tipos que digan media docenita de seguidillas cada uno y arranquen media docenita de aplausos, y por bien poco dinero se consigue un éxito, un reclamo en los periódicos y unos cuantos pareceres distintos que hagan entrar en curiosidad á la gente. Por todo lo cual, el actor y director se trasforma en autor de la noche á la mañana, y ahí tiene usted la cosa.

Resultado general. Un sugeto que podia ser á fuerza de estudio buen actor, ó ya que esto no, buen padre de familia, se ve obligado (¡dura suerte!) á ser á la vez primer actor, director de escena, autor (digámoslo así) y hasta revistero ó gacetillero, si necesario fuere.

Desgracia es, pero no es poca fortuna haber nacido en un país donde todos servimos para todo; porque de otro modo, ¿qué seria de ese hombre?

V

El país.—Todo el mundo sirve para todo.—El periódico callejero.

¡Dichosa, dichosísima España!

Son tantas las cosas que la distinguen de los demas países, que bien merece la pena de ser estudiada detenidamente.

Comprendo muy bien á esos ingleses que abandonan su querida Albion, y tragando polve por esos caminos y echando el alma en esos vapores, se vienen á España como unos caballeros.

Y á fé que si en lugar de estudiar este país en lo que concierne á la superficie, le estudiaran en lo que concierne al fondo, ¡cuántas curiosas observaciones harian! ¡Cuántos curiosos libros podrian escribir!

No quiero fijarme mas que en una de nuestras debilidades que recomiendo á la observacion del extranjero que por acá venga.

En España, como ntes ádecia, todos servimos para todo.

Los militares hacen discursos, los poetas extractan expedientes, los comerciantes hablan de literatura.....

¿Recuerda el lector aquel personaje de *El Café* de Moratin que coje y se mete á poeta?

Pues hay en España dos ó tres millones de muchachos muy apreciables que hacen dos cuartos de lo mismo, ignoro con qué propósito.

Yo no sé qué tendrá de atractivo, ni de agradable, ni de productivo, ni de beneficioso, esto de ser poeta en España; porque la verdad es que, aun siéndole bueno, se dan casos de morirse de hambre el interesado, sin que los demas le aprecien en su justo valor, ni aun despues de muerto.

Pero hay una fatalidad, como diria algun orador campanudo; hay una fatalidad que condena á la España de Garcilaso y de Quintana á tener cada año una cosecha tan abundante de jente de pluma, que á ser lo mismo la de trigo, no estuviéramos ¡vive Cristo! como estamos.

Apénas le nace el sedoso bozo al imberbe pollo de la clase media, cuando ya no hay padre ni madre que le haga creer que es conveniente y útil tener una carrera para ganar el pan de cada dia. No señor; eso de hundirse en la vulgaridad, confundirse con la multitud y ser un buen sugeto, ocupado tranquilamente en esta ó en la otra profesion, es un porvenir de poco mas ó ménos, y cosa de jente ordinaria.

¡La gloria! ¡La popularidad! ¡El nombre impreso! Hé aquí el sueño dorado de nuestra juventud precoz y estrepitosa. El español que no hace versos, no sirve para nada. El hombre que no sabe leer un soneto, es un hombre perdido. Ahí tienen ustedes á don Baldomero Espartero, escondido en un rincon de Logroño, léjos del mundo y aislado por completo. ¿Saben ustedes por qué? Porque para ser lo que

otros mil, le ha faltado lo que tenemos todos los hijos de esta nacion bendita. ¡Es el único español que no ha publicado versos en los periódicos!

Por eso los jóvenes de esta era, que saben á qué atenerse, han echado sus cuentas y han dicho: «O escritor, ó nada.»

Y á muchos, muchísimos, que estaban destinados á ingenieros, ó á marinos, ó á militares, ó á jueces de primera instancia, se les metió que habian de ser litaratos, y no hubo remedio: se salieron con ella.

El lector los puede señalar con el dedo si los encuentra en la calle.

Son facilísimos de conocer.

No hay mas que fijarse en un pollito muy jóven, pero muy insolentito, con su pelito un si es no es melenudo, y su levita larga, y sus lentes de búfalo, y su sombrero echado hácia las cejas. Está en el café Imperial por la tarde, en el Suizo ó en la Iberia por la noche. Va á los teatros, y..... ¡qué demonio de chico! todo su afan es querer entrar en el escenario y enterarse de cómo se llaman de nombre las *suripantas*, y ver si se puede echar una novia por allí. Su conversacion es bastante superficial, pero la suele salpicar con chistes.

Esto de los *chistes* tambien es ciencia moderna. Un *chiste* es todo aquello que puede hacer reir á álguien con perjuicio de tercero. Como la humanidad es propensa á despellejar al prójimo, es cosa fácil arrancar la risa á unos hablando mal de otros, sobre todo cuando estos no están presentes, que es lo que se usa con mejor resultado.

De manera que el pollo literario tiene siempre gran coleccion de chistes preparada. En sus labios están siempre los nombres de los escritores que mas popularidad tienen ó que

mas aplausos alcanzan, y entre que no pueden ellos lograr otro tanto y que aspiran á lograrlo, van haciendo su pequeña reputacion entre amigos, y se van figurando (y están en su derecho) que son escritores, ó que al ménos se parecen, siquiera sea en la figura, á los que lo son real y efectivamente.

Pero ser escritor así, porque cuatro ó seis amigos lo aseguren, es poco.

¡La gran cuestion es ser escritor *público!*

¡Ser uno de tantos componentes del ¡cuarto poder del Estado!

Esto es lo importante, lo necesario; todavía mas..... lo ¡imprescindible!

En este siglo de la gloria y de las reputaciones, ¿cómo se presenta un hombre en ninguna parte sin haber escrito una triste gacetilla?

—Chicos, les dice un dia el pollo literato á sus compañeros de café, he pensado una cosa.

—¡Qué! ¿tú piensas? le dice uno de ellos. [1]

Los demas se rien.

El aludido exclama:

—Sí; todavía me queda algo en la cabeza. [2]

—Bueno; pues tú diráss.

—He pensado en que hagamos un periódico.

—¡Ya hace tiempo que pensaba yo en eso! dice otro de los aprovechados jóvenes. Es menester hacer un periódico para dar una paliza á cuatro farsantes.

—Sí, hombre: porque aquí hay un monopolio atroz; aquí no se oye hablar mas que de tres ó cuatro fátuos que sin

1 Chiste.

2 Chiste.

mérito ninguno y sin mas apoyo que su suerte lo tienen todo cogido.

—Esa es la verdad, chico. ¡Mira tú que no haber podido yo colocar mi drama!

—¿Y lo que á mí me ha pasado con Catalina, que no me ha querido admitir la pieza?

—¡Una pieza muy bonita!

—Una pieza..... *rayada!* [1]

—Pues nada, chicos; vamos á hacer un periódico.

Y dicho y hecho; lo toman con una fé tal, que da gusto verlos correr por esas calles, cada uno por su barrio, buscando una imprenta que tenga buenos tipos.

Un periódico, por chico y mal escrito que esté, tiene gastos que pueden ser de consideracion, sobre todo cuando el que ha de pagar tiene poco dinero, caso muy general en esta que hemos dado en llamar república de las letras.

Pero ¿qué importa el gasto ante la perspectiva de un gran resultado? Los pollos tienen fé, y confian en que así que aparezca *un buen primer número* las suscriciones *lloverán.*

Generalmente, la redaccion es la casa de uno de los pollos. Allí se reunen todos ellos por las tardes, y confeccionan el número.

—De qué haremos el artículo de fondo?

—Del estado deporable de nuestra literatura dramática.

—¡Eso! ¡eso! Todo el mundo nos dará la razon.

—Y es menester hablar de la Zarzuela.

—¡Justo! Y darle un revolcon á Eguílaz.

—Sí, sí, y á Larra; sobre todo á Larra, que está ganando un dineral.

1 Chiste.

—¡Justo! ¿Por qué razon ha de ganar dinero?

—Y no os olvideis de hacer un buen suelto.....

—¿Contra quién?

—Contra Tamayo.

—Y contra Hartzenbusch.

—Y contra Ayala.

—¡Y contra todo el mundo, hombre, contra todo el mundo! ¡La gran cuestion de estos periódicos es pegar!

—¡Los vamos á partir!

—¡Pues á partirlos!

—¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡ji!

¡Y se divierten de lo lindo, y se desahogan!

¡Oh, almas dichosas!

Por fin sale el número. La tirada es grande. Todos los fosforeros reciben ejemplares para vender *á devolver papel*, como se dice entre ellos. Todas las librerías reciben números, para ver si caen suscriciones, y *La Correspondencia* de aquella noche dice lo siguiente:

«Ha aparecido el primer número del periódico festivo *Fulano de Tal*, que está escrito con gracia y al cual deseamos muchas suscriciones.»

Lo que el primer número del periódico dice, no le interesa á nadie mas que á los redactores y á cuatro ó cinco escritores que pudieran creerse lastimados, si no estuviesen en el secreto de lo que son estas cosas. El público, que generalmente ántes de tomar un periódico nuevo lo mira y lo lee para ver si le gusta, ve que no trata de nada que tenga interes general, no entiende los chistes de bastidores y los *revolcones* de un literato á otro, no le importa maldita de Dios la cosa que la obra tal ó cual esté bien ó mal escrita, se *escama*, le devuelve el número al vendedor, y sigue su camino.

Y al cabo de cuatro ó cinco números, los redactores, á pesar de que oyen decir á sus amigos que el periódico tiene cosas muy buenas, descubren que no tiene mas que cinco suscriciones, y de ellas cuatro son de favor, y que se han vendido dos números en quince dias, uno de los cuales números lo compró uno de los mismos redactores en la calle, para enseñárselo á un tio suyo, que es muy aficionado á estas cosas de su sobrino.

Pero en cambio de estas pequeñeces, que al fin y al cabo pueden ser mentira, hay una verdad elocuente que el lector estudiará en el siguiente estado:

IMPRENTA DE TAL, A CARGO DE CUAL.

	Reales.
Por la composicion y tirada de dos mil ejemplares del periódico....., números 1 y 2.....	1,500
Por impresion de fajas y recibos.....	500
Por un libro talonario para el periódico.....	80
Por composicion y tirada de los números 3 y 4.....	1,400
TOTAL.....	3,480

Y para cobrar esta cuenta, hay que citar á juicio á diez ó doce muchachos y á sus familias respectivas.

¡Lástima grande que el cándido impresor, ademas de ser cómplice indirecto de las inocentadas de los jóvenes *literatos*, acabe por ser víctima inocente inmolada en aras de la literatura inocente!

VI

Fragmento de un libro.—La fuente del Retiro.

Hay en el Retiro un lugar tristísimo: allí donde mas apacible y alegre parece el lugar, y la soledad con que convida en horas determinadas.

Los únicos que en tal sitio repararian si pudieran, son los niños.

Pero los niños van allí á jugar; los niños no se cuidan (¡dichosos ellos!) de lo que á su alrededor pasa; que tal es la edad infantil y tan pura y dichosa.

Acaso el lector haya pasado por allí muchas veces y no se habrá detenido un momento. Acaso le habrá parecido aquel rincon ménos agradable que cualquier otro; y sin embargo, un observador puede pasar allí buen espacio de tiempo embebido en vagas y extrañas reflexiones.

Es el lugar de que vengo hablando una de las fuentecillas,

seca siempre, que hay á entrambos lados de la escalinata del parterre.

Tristísimo he llamado á aquel sitio, porque me parece un *taller de recuerdos*, y el recuerdo, por grato que sea, siempre es doloroso.

La fuente del *Parterre* parece ser el lugar destinado por los melancólicos para dejar en él sus impresiones.

Y no se crea por esto que todo lo que los pasajeros van dejando en ella son bellos trozos de poesía ó sentidos y castizos párrafos de prosa, no. Tambien hay desatinos y vulgaridades; pero al fin y al cabo, no es mucho que entre tantas manos que trazan líneas en las piedras, las haya de las que el hombre besa y quisiera ver quemadas.

Ademas, yo le perdono veinte defectos á un poeta, si encuentro por fin una belleza en sus versos, una idea feliz ó un pensamiento moralizador cuya intencion me agrade. No es muy cierta la frase que corre por ahí de boca en boca, pregonando que todo es cuestion de forma, porque á veces bajo la forma ruda del campesino, vuelan por esos mundos cantares que dan ganas de llorar á los corazones enamorados.

Y hé aquí explicado el agrado que siento al leer ó adivinar tal vez las penas de un amante ó las amarguras de un desgraciado que ha ido á pasear de madrugada, tal vez harto de llamar en vano al sueño durante la noche, y se ha sentado junto á la seca fuentecilla, en la cual, ayudado de un lápiz ó de un carbon perdido en el suelo, ha consolado penas ocultas escribiendo su sentir á solas y sin testigos. Un lápiz es en muchas ocasiones un buen compañero, y las penas que se escriben suelen tener para el autor el encanto de tenerlas mas á la vista. Cuanto mas grande es el dolor, mayor es el misterioso

goce que el alma encuentra en conservarlo. Son frívolos los que se apresuran á desterrar pesares.

En una serenísima mañana de Abril quiso mi buena fortuna que me llegara junto á la fuente. ¡Cuánto pude pensar, y cuántas opiniones, no sé si aventuradas, lanzar pudiera con solo recordar aquellos infinitos renglones dispersados por las hojas de acanto de la fuente, ya derechos, ya torcidos, ya medio borrados, ya borrados del todo!

«*Enriqueta, mi vida y mi alma, falleció el 21 de Agosto.*» Así decia una de las inscripciones.

¡Quién pudiera adivinar la historia de estos amores, interrumpidos por la muerte cuando fueran á llegar á término dichoso! ¿Quién seria Enriqueta? ¿Quién el autor de la sencilla pero elocuente frase? Los enamorados que la lean, afirmarán que ha sido escrita por el amador de la malograda niña; los padres verán la letra de un padre; las madres llorarán al leerla, porque no habrá quien las convenza de que no ha sido una madre la que llamó á Enriqueta su vida y su alma.

¡Pobre Enriqueta!

No sé por qué, sin saber quién era, me interesaba.

Acaso, pensaba yo, recordara su fisonomía si alguno me diera señas.....

¡Quién sabe si en este mismo sitio, á dos pasos de aquí, la habré visto alguna vez sonriente de felicidad, llevando al lado al desgraciado cuya mano ha escrito despues estos informes caracteres!

¡Quién sabe si el que ha escrito esta sola línea, sola, pero muy elocuente, será alguno de mis amigos, á quien habré visto triste alguna vez, á quien acaso habré preguntado: «¿Qué tienes?» y quizá me habrá respondido con alguna eva-

siva, porque no me riera de su pena! Los hombres somos burlones para ciertos dolores..... cuando no somos nosotros los que padecemos, porque entónces..... ¡oh! entónces nos volvemos reservados, y solo confiamos la pena á la almohada en quien depositamos el llanto contenido durante todo un dia, ó á la silenciosa piedra donde venimos..... ¿qué digo? donde ha venido este triste á recordar la fecha dolorosa.

A mí nadie me hubiera podido convencer de que aquel renglon no estaba escrito por un enamorado.

Seguí leyendo.

Mas abajo encontré estos versos:

La vida es un camino
penoso y largo;
no quiero haber nacido;
¡no quiero andarlo!

¡Ojalá fuera eso posible! pensé.

¿Quién seria tan dichoso que consiguiese contenerse al nacer, y no nacer, ó sí, segun su propio deseo?

¿Quién eres tú, que piensas de ese modo?

La letra era de hombre; se adivinaba una mano rápida y firme.

No habia yo oido los versos hasta entónces.

No sé si serian originales de aquel autor, para mí desconocido.

De todos modos, los versos querian decir algo.

¿Serian de un presunto suicida?

.....

.....

Al lado de aquellos versos, habia estas significativas frases:

«*¡ Viva el amor! ¡ Viva el Champagne!*»

¡Qué divergencia de opiniones!

¡Qué diferentes historias las historias de los hombres!

Aquel no quiere haber nacido, este vive y ama, y ahoga sus penas, si las tiene, en el espumoso vino: aquel no quiere andar, por largo y penoso, el camino de la vida, y á este tal vez le ha de parecer corto y llano.

Paso por alto un sinnúmero de frases escandalosas, cuya estampacion en aquel lugar no me parece muy oportuna. Paso tambien por alto las copias de versos conocidos, aunque me parecen la medida de la popularidad de los autores. Los versos de Zorrilla estaban en alza. Es indudable que el poeta lector tiene gran séquito en esta su patria. Pasaban de doce los trozos de poesía suya que estaban allí reproducidos.

Despues de buscar algo que picara mi curiosidad, encontré *algos* para mi deseo.

Encontré las pruebas de una cita.

En letra de mujer, menuda y desigual, ví estas palabras:

«..... *Te he esperado en vano, y es la segunda vez. Parece que te gozas en mi martirio, y que*».....

El resto estaba borrado.

¿Habeis martirizado á alguna mujer?

Direis que no, porque nosotros aseguramos siempre que ellas son las que nos martirizan á nosotros; pero ¿no recordais á la pobre muchacha de clase humilde que en vuestros tiempos de estudiante ó en vuestra época de vida de solteros en Madrid, seguíais una noche y á quien, hablábais de amor (¡de amor! ¡todo se trata así!) y á quien citábais para el Retiro de madrugada en las frescas mañanas de Abril y Mayo?

Ibais un dia, y pasábais dos horas preparando la conquista que no podiais conseguir (porque hay mujeres pobres y virtuosas;) y como viérais que no íbais á lograr un pueril y torpe

deseo, la citábais para el dia siguiente y no volvíais mas, y os burlabais de la muchacha.

Habíais encontrado entre tantas Zuleikas una Susana, y ¡es claro! como los galanteadores son así, dejábais la excepcion por la regla.

Estas reflexiones se me ocurrian mirando aquellas letras menuditas y mal trazadas en la fuente.

Me figuraba una muchacha fresca como una rosa de primavera, linda de cara, modesta en el vestir, ruborosa y humilde, mirando impaciente á un lado y otro, desesperada de que *él* no viniera.

¿Por qué habia yo de suponer otra cosa?

Cuando entre dos suposiciones hay una que puede favorecer al que es objeto de ella, se debe siempre desechar la sospecha que ofende.

Por eso en la fracasada entrevista que me descubrió aquella femenil y desconocida mano, ví (¡y ojalá me engañara!) un desengaño mas y una dicha ménos.

Pero pronto olvidé todo pensamiento amoroso para venir á parar en otros pensamientos.

En una esquina de la derecha habia estas palabras:

«*Sin libertad, no hay vida.*»

Aseveracion que quisiera yo que fuera cierta del todo, y conmigo millares de encarcelados que aun estándolo viven, por mas que me parece imposible.

¿Era la mano de un patriota ó la de un ex-presidiario la que habia trazado aquella frase?

Todo pudiera ser: ó experiencia propia ó entusiasmo político.

Parecia que por aquel lado de la fuente, habian encaminado su lápis los amantes de la libertad.

Debajo del renglon que he copiado, habia este otro:

«*¡Ay, infeliz Polonia!*»

¿O quién sabe si la infeliz seria alguna señora de este nombre?

Al lado del angustioso lamento, una galantería:

Rosa de Mayo eres
por los colores;
tórtola cariñosa
por los amores.

Y muy cerca, una declaracion:

«*Luisa, te amo.*»

A muy poca distancia de estos desahogos del corazon amante ó amado, los cálculos de algun estudiante de matemáticas:

$$(x + a)^m$$

que es la fórmula del binomio de Newton.

Y á corto trecho una crueldad: la fecha del estreno de una mala comedia, el nombre del autor, y la censura.

Ya dentro del pilon de la fuente, habia dos tercetos del Dante y unos versos de una comedia de Narciso Serra.

Y mas abajo todavía, un enorme «*Adios,*» que ocupaba casi todo el fondo.

En una palabra: la fuente estaba llena de curiosidades; cada renglon podia dar márgen á un artículo, y algunos de ellos hubieran podido inspirar una novela.

Las firmas abundaban de una manera lamentable. Yo no sé quién ha dicho que los nombres de los sabios y de los necios se hallan escritos por todas partes.

La fuente del *Parterre*, á pesar de sus lunares, tiene un misterioso encanto para las almas observadoras. Hay allí

cierto no sé qué de vago, y de atractivo que hace pensar en muchos hombres y en muchas mujeres.

De tiempo en tiempo, la lluvia ó los paseantes van borrando las hojas de aquel album de recuerdos, y dejaban de nuevo el libro en blanco para que nuevos pasajeros derramen en él sus extrañas y variadísimas impresiones de viaje en esta malaventurada vida madrileña.

Nadie, ó casi nadie, se fija en la mísera fuentecilla. Nadie sospecha que en aquel rincon, solitario en medio de un lugar concurrido, aunque esto parezca una paradoja, hay un millar de recuerdos de diferentes cosas de la vida.

Si el autor de estas líneas pudiera conocer á los que allí han ido dejando rastro de dolores, acaso pudiera ampliar sus observaciones, dándoles cuerpo y forma de narraciones interesantes.

Cada ser es una historia. Cada corazon respira de diferente modo.

Por eso, aun en la insignificante palabra escrita al paso en un sencillo monumento de piedra, adivino yo conmovedoras historias de amor, ó remordimientos, ó penas.

Por eso los que no han reparado en la fuente del *Parterre* no pueden comprender toda la importancia que tiene para los que reparamos en ella.

Séale dado á quien pasa de vez en cuando una ó dos horas queriendo adivinar historias en las hojas de acanto de la modesta fuente, enviar una palabra de consuelo á los que en ella dejan pedazos del alma.

VII

Cuarto desalquilado.—La portera.—Don Felipe.—Las preguntas. Las condiciones.—Imposibilidad de vivir.

Lector, ¿vives en Madrid?

Muy bien.

¿Tienes casa puesta?

Perfectamente.

¿De manera que tendrás que mudarte cuando te canses de vivir en una casa, ó cuando quieras gastar ménos, ó cuando te molesten los vecinos?

Pues estamos iguales.

A mí me ha sucedido eso muchas veces.

Lo que yo no sé si te habrá sucedido es tropezar con mil inconvenientes para encontrar una buena casa y un buen casero.

¿Sí? ¿Me dices que te ha sucedido eso?

Entonces, puede que haya epidemia de estas dificultades.

Doy por supuesto que tú, como yo, llevas en el bolsillo el dinero para pagar mes adelantado y mes de fianza, que es lo corriente.

¿A que á pesar de eso y de ser tú un inquilino que paga corriente, te has tenido que ir muchas veces con las orejas bajas?

Veamos. ¿Vamos á contarnos mútuamente lo que nos ha pasado?

A ver si te cuento una escena parecida á otra de que has sido interlocutor. A ver si te ha sucedido esto, sobre poco mas ó ménos:

Llega uno á la portería.

—Portera, ¿cuánto renta el cuarto segundo?

—Cinco mil reales, veinte de portería y ocho de alumbrado.

—¿Se puede ver?

La portera pone muy mala cara.

Se levanta refunfuñando, toma la llave, sube y enseña el cuarto.

—Me conviene, dice el sugeto. ¿Quién es el dueño?

—Don Felipe.

—Bien; pero ¿que mas?

—Don Felipe Lúcas.

—¿Dónde vive?

—Ahí cerca.

—Vamos, pues no está lejos.

—¡Claro!

—¿Quiere uste decirme dónde, *y usted dispense?*

—Ahí, en la costanilla, número 4.

—Gracias.

Y el sugeto se va á ver al casero.

Supongamos que es un casero amable (*rara avis*).

—¿Don Felipe Lúcas?

—Pase usted.

Entra el sugeto en el despacho.

—¿Don Felipe Lúcas?

—Servidor de usted.

—Vengo de ver el cuarto segundo de su casa de usted.

—¡Ah, ya!

—Sí; el cuarto es bonito.

—De modo que.....

—Usted me dirá sus condiciones.

El casero empieza á redoblar con los dedos en la mesa.

—Pues..... el cuarto..... ya le habrá dicho á usted la portera.....

—Sí, renta cinco mil reales.

—Y veinte de portería.

—Y ocho de alumbrado.

—Usted no extrañará que yo me informe.....

—No señor, no tengo por qué extrañarme.

—¿Usted qué es?

—Escritor.

El casero hace un gesto.

—Hombre, no me gusta mucho eso, añade.

—Ni á mí tampoco; pero déjelo usted, que ya se irá arreglando.

—¿Es usted casado?

—Sí señor.

—Bueno. Y... ¿tiene usted mucha familia?

—Así así.

—¿Cuántos son ustedes?

—¡Psth! Ya he perdido la cuenta.

—¿Tiene usted hijos?

—No señor.

—¿Los va usted á tener?

—Hombre... si usted se empeña...

—No, no señor. Al contrario, yo no quiero niños en mi casa.

—Pues... descuide usted.

—Bueno. ¿Tiene usted perros?

—Sí señor, dos.

—Eso no me conviene. Tendrá usted que regalarlos.

—Bien, hombre, bien: le enviaré á usted uno.

—Gracias. Diga usted, y... ¿tiene usted oficina?

—No, pero puede ser.....

—¡Malo! ¡malo! No quiero oficinas; estropean la casa.

—En ese caso, dejaré un negocio que voy á emprender.

—Sí, mas valdrá, porque si no, no hacemos nada.

—Pues está dicho.

—Bien. ¿Usted recibe por la noche?

—Ni de dia, ni de noche, caballero.

—Me alegro, porque no quiero reuniones ni bailes. ¿Baila usted?

—A veces. ¿Quiere usted valsar?

—No lo decia por eso.

—Creí...

—¿A qué hora se recoje usted?

—Segun... Cuando voy al teatro.....

—¡Hombre! ¿Y por qué va usted al teatro? Tendrá usted que volver muy tarde, y eso ya no me conviene.

—Vaya, pues no iré al teatro, don Felipe. Me quedaré en casa asando castañas.

—Mejor será. ¿Come usted á la francesa?

—Sí señor.

—¿Todos los dias?

—Me parece que sí.

—Porque á esa hora siempre las criadas entran y salen, y manchan la escalera.

—Barrerémos de dos en dos horas. ¿Le parece á usted?

—¡Hombre, sí!

—Muy bien.

—¿Usted canta en voz alta?

—Mucho.

—Pues mire usted, eso no me gusta, porque es molesto para la vecindad.

—No cantaré mas.

—Bien. ¿Recibe usted mujeres de vida airada?

—¡Don Felipe!

—No le extrañe á usted que le pregunte, porque no quiero que nadie entre en mi casa.....

—¿Nadie?

—Nadie que no sea persona conocida.

—Le daré una lista á la portera.

—Bueno. ¿Suele usted estar enfermo?

—No, pero lo estaré si usted gusta.

—No, no, que tendria que blanquear en seguida.

—Está bien.

—¿Tiene usted muchos amigos?

—Muchos.

—Pues que no entren mas que de dos en dos.

—¿Por qué?

—Porque destrozan la escalera.

—Acepto.

—¿Lee usted periódicos?

—Sí.

—Que los deje el repartidor en la portería.

—Corriente.

—¿Se incomoda usted á menudo?

—Segun.....

—No grite usted si se incomoda.

—Bueno.

—¿Tiene usted tiestos?

—Sí; á mi mujer le gustan las flores.

—¡Pues cuidadito con regarlos!

—¡Ah! ¡Naturalmente!

—¿Fuma usted?

—Mucho.

—Pues guárdese usted las colillas en el bolsillo.

—¿Por qué?

—Porque puede haber incendios.

—¡Ah! Bien, bien.

—Y por último, es usted estable?

—¿Cómo?

—Si vivirá usted por lo ménos dos años en la casa.

—No tengo inconveniente.

—Estamos, pues, completamente de acuerdo. Ya ve usted que no soy un casero exigente. Así, pues, y porque su cara de usted me parece de hombre de bien, con darme seis meses adelantados y uno en fianza, la cédula de vecindad y el testimenio de dos vecinos honrados, puede usted firmar el contrato, segun el cual consiente usted en ser despojado en el acto, caso de retrasarse veinticuatro horas en el pago de los alquileres.

—Pues, señor don Felipe Lúcas de mi alma, oidas todas sus preguntas de usted y todas sus inconveniencias, y todas

sus sandeces, tengo el honor de no querer la casa ni de balde, de enviarle á usted á paseo..... y decirle que como le encuentre á tiro en la calle, le voy á meter de cabeza en una boca de riego!.....

Y el inquilino presunto se va echando chispas, y el casero se queda diciendo que *la propiedad está perdida.*

Lector, ¿no te ha sucedido eso?

Pues yo te aseguro que si no te ha sucedido, te sucederá muy pronto, Dios mediante.

•

VIII

La pregunta es una enfermedad nacional.—Mala educacion.
Su lado cómico.—No respondo.

Tentado estoy por decir que la mayor de las desgracias que al hombre aquejan es el don de la palabra.

Y tengo mis motivos para pensar de este modo.

Todas ó casi todas las conversaciones se reducen á preguntar y responder: cosas ambas que me tienen, si no fuera de mí, casi casi con un pié fuera de mí mismo, para salirme y no volver en un rato; porque el preguntar, siempre me ha parecido un *sí es* imprudente, y el responder un *no es* satisfactorio.

Por la millonésima vez tengo que murmurar del país, y aprovecho esta ocasion para decir á los que quieran cerrarme la boca, asegurándome que no debo murmurar de este país, porque es el mio, que si es mio, ó vamos al decir, nací en él, no fué la culpa mia, porque yo no nací, me nacieron.

Yo no sé en qué consiste aquí la educacion, ni á lo que aquí llamarán educacion y trato de gentes: lo que sí sé de muy buena tinta es que, ó la educacion está en íntimo trato con la imprudencia, ó la imprudencia esta perfectamente admitida entre las gentes que se llaman bien educadas. Cualquiera de las dos disposiciones me parecen un poco, y aun dos pocos, graves.

Todas las mañanas, al salir de mi casa, me pongo á temblar de miedo, porque sé de seguro que al primer sér con levita (á quien otros llamarian hombre) que me encuentre y me detenga, que de seguro me detendrá, me ha de preguntar algo que no le importe maldita de Dios la cosa. Y es el caso que si le hago ver que se mete en lo que no le importa, pronto gozaré fama de malcriado, miéntras que él no gozará fama de tal, á pesar de su mala crianza.

Yo quiero, amado lector mio, que recuerdes lo que te ha pasado la última vez que has salido á la calle; y siempre que tus recuerdos no estén conformes con mis observaciones de ahora, te autorizo para que rompas mi escrito, y aun me rompas á mí, si me encuentras á mano y me dejo.

Seguro estoy de que lo primero que te dijo el primer amigo á quien tuviste la mala ventura de encontrarte fué la siguiente frase:

—¿A dónde va usted?

Frase que dicen en toda la Península é islas adyacentes todos los hombres que se paran en medio del arroyo ó en la acera con otros hombres.

Supongamos, y es poco suponer, que ibas á ver si te daban *un dinero;* tienes que contárselo al preguntador, lo cual es grave en los tiempos presentes.

Supongamos que ibas á ver á una novia que has adquirido,

en uso de tu derecho y para tu uso particular; tienes que contarle al preguntador que tienes novia, y que ademas de tenerla la vas á ver. Esto tambien es grave (el contarlo digo.)

Supongamos que ibas á pagar una cuenta.

¿Qué necesidad tiene nadie de saber que pagas?

Supongamos que ibas á matar á un hombre, ó dos. ¿Se lo irás á contar á un amigo?

Tienes, pues, que mentir, y decir que vas á cualquier parte que no es la parte sensible de tu camino. Y vete pronto, porque si estás mucho tiempo parado te va á preguntar diez ó doce cosas mas, á segundo por cosa.

Sigue tu camino; verás lo que te pasa.

En suponer no se pierde nada; sigo suponiendo, pues, y me figuro que llevas una flor en el ojal de la solapa.

—¡Hola! dicen tus amigos apénas has entrado en el café. ¿Quién te ha dado esa flor?

Doy por supuesto que te callas, por no soltar, como decimos los inteligentes, *una fresca.*

—Te la habrá dado aquella muchacha, ¿eh? dice otro.

Continúas callado.

—¿Se la vas á regalar á álguien? dice un tercer imprudente, sonriendo á ver si te pones colorado.

Ya no puedes contenerte, y dices.

—No, señores, no; no apurarme mas. La flor..... la he comprado.

Quiero suponer que los amigos se callan, y se dan por satisfechos. Entónces toma la palabra otro sugeto que hasta entónces calló, y exclama casi enfadado:

—¿Usted gasta el dinero en flores?

¡Figúrate tú, amado Teótimo, ó como te llames, si te pue-

des titular hombre libre en una sociedad en que, no solo los propios, sino los extraños, te pidan cuenta de tu dinero!

Me falta el valor y las fuerzas me abandonan al recordar los disgustos que he debido dar á mis semejantes gastando mi dinero en una porcion de cosas.

Ni César, ni el Cid, ni todos los héroes de que nos hablan las historias, conocidos por sus dos ó tres docenas de heroicidades, me asombran tanto como dos ó tres docenas de individuós que, poniéndosome delante, completamente indefensos y tranquilos, me han preguntado en varias ocasiones:

—¿Cuánto dinero ha ganado usted este año?

Como quiera que una pregunta de tal género me deja siempre confundido, me he limitado á responder:

—Ya le enviaré á usted la cuenta á su casa.

Y á pesar de la humildad de la respuesta, he averiguado despues que el grosero fuí yo. ¡Y yo no lo habia notado!

Y es que á fuerza de tiempo, los españoles hemos confundido dos palabras, que de seguro no están unidas en ningun Diccionario de sinónimos la franqueza y la descortesía.

Y hay algo todavía mas lamentable: que la descortesía es la enfermedad local de los españoles, como lo son en otros países las calenturas ó la fiebre amarilla.

¿Se casa usted?

Todo el mundo está autorizado para averiguar quién es la mujer que usted ha elegido, cómo se llama, de dónde procede y cuántos puntos calza.

¿No se casa usted?

Pues todo el mundo está autorizado para perseguirle constantemente con esta pregunta.

—¿Por qué no se casa usted?

¿Trabaja usted mucho, porque necesita trabajar, y comer, y dar de comer?

Pues le dirá todo el mundo:

—¿Hombre, ¿por qué trabaja usted tanto?

¿No trabaja usted, porque no puede, ó porque no le da á usted la gana, en lo cual nadie debe meterse?

Pues ya tiene usted el castigo encima, con esta pregunta que le ha de hacer todo *quisque* que lo conozca:

—¡Caramba! ¿Por qué no trabaja usted?

Y es preciso que todo el mundo sepa por qué va usted aquí ó allá, ó por qué se retrae usted, ó por qué le gusta á usted mas el jamon con patatas que las patatas solas, ó por qué se ha hecho traje nuevo, ó por qué lo lleva usted usado. Es preciso que haga usted partícipe á todo el mundo de cuanto á usted le pase ó le haya pasado, ó le vaya á pasar. Es preciso, en una palabra, que sea usted el esclavo universal y el chiquillo de cinco años que debe rendir cuenta de sus actos á otros chiquillos, no mejores ni peores, sino peores todos.

¡Oh! ¡Qué horrible vida!

En cierta ocasion, quiso mi desgracia que me gustara mucho la mujer de un conocido mio. Era una desgracia, pero me gustaba mucho. Yo no tenia la culpa, ni ella tampoco.

Un dia, con el corazon tranquilo, porque no iba á hacer ninguna picardía, salí decidido á pasar por delante de la casa de aquella señora.

Me gustaba y queria verla, ni mas ni ménos, y en esto no ofendia á la moral, porque á mujeres ajenas, con verlas basta.

Antes de llegar á la calle donde ella vivia, me encontré de manos á boca con el marido.

—¡Hola! me dijo muy risueño. ¿A dónde va usted?

Yo quiero que la humanidad entera, y trescientas gruesas de humanidades se pongan en mi caso, á ver cómo se le responde á un marido:

—Voy á ver á su mujer de usted porque me gusta mucho.

Y es indudable que todo se hubiera evitado si aquel hombre no hubiera sido imprudente.

¿Le importaba á él saber dónde yo iba?

Acabo de ser pregunton en este momento.

No me contesten ustedes, y es lo seguro.

IX

CONFESIONES.

Carta á un amigo, escrita en Juéves Santo.

¿Te acuerdas, Enrique?

¿Te acuerdas de los preparativos que haciamos al llegar estos dias, allá por los años de 1859 á 1860?

Yo me complazco en recordar hoy aquellas escenas de familia, aquellos edificantes cuadros en que nuestras madres figuraban como personajes de primer término.

Desde que comenzaba la cuaresma hasta que concluia, todos los viérnes acudiamos á la catedral.

La recuerdo en este momento tal como es; cierro los ojos para verla mejor, y se me figura estar escuchando el roce de los vestidos de seda de las damas sobre el pavimiento de már-

mol; el ruido de las pisadas de tantos concurrentes, que asemejaba al ruido de la lluvia sobre las aceras; veo subir las cortinas azules que tapaban por completo las claraboyas por donde entraba la luz al templo; oigo rechinar las cuerdas, crujir las garruchas y quedarse el templo sumido en oscuridad profunda; acudir las mujeres al pié del púlpito y sentarse en el suelo, agruparse los hombres invadiendo el trascoro, y llenarse, en fin, de gente, las naves. Allí están los finchados aristócratas provincianos, descendientes de aquellos ilustres aragoneses, honra de la patria; allí la clase media en masa, representada por cien convecinos nuestros; el pueblo, con su calzon corto, y su faja morada, y su manta listada sobre el hombro, y en la mano el pañuelo conservando la forma de roscon que adquirió al rodear la cabeza; allí la poblacion en masa, que acude con extraordinaria puntualidad, mucho antes que el predicador aparezca en el púlpito.

Yo veo todo esto con los ojos cerrados, querido Enrique, y me da pena abrirlos para verme cómo y dónde estoy; cómo y dónde estamos.

Pero sigo recordando.

El templo se llenaba de gente. Resonaban en las anchas naves las toses mas ó ménos fuertes de los fieles, y despues reinaba un silencio sepulcral que venia á interrumpir la primera palabra salida de los lábios del padre Suarez.

¿Te acuerdas del padre Suarez?

Era un jesuita que llegó á estar en gran predicamento en nuestro país. Yo le conocí en casa de los barones de Escriche, donde solia concurrir con frecuencia. Tenia una fisonomía inteligente, una mirada penetrante, que á pesar mio, me hizo bajar los ojos, que yo solia fijar en el jesuita para estudiarle á mi gusto. Hablaba á medida voz en la conversacion

familiar, y su lenguaje era tan correcto como distinguido. En el púlpito, su voz era sonora como pocas, cambiaba los tonos con arte indescriptible, pasaba de lo humilde á lo patético con gradacion tan admirable, que conmovia, recuérdalo, conmovia indudablemente á su auditorio.

¿Por qué razon la fama de la poderosa elocuencia de aquel sacerdote se *puso de moda*, como decimos ahora? Habia en su elocuencia algo de sobrenatural, cuyos efectos cundieron pronto en el pueblo.

Ya sabes con qué aficion íbamos á oirle nosotros, perdonando de buen grado los placeres con que nos brindaba la primavera. Mas de un viérnes amaneció con un sol deslumbrador, y concertamos una comida de campo que la voz de nuestras madres desbarataba con estas palabras:

—Pues ¿y el sermon?

Era preciso obedecer y obedeciamos con gusto, harto lo sabes. Muchachos sin juicio ni formalidad, íbamos sin embargo al sermon, cumpliendo un deber sagrado, y una vez en el templo, se nos hacia corta la tarde oyendo los misterios de la Pasion, admirablemente desarrollados ante el auditorio por aquel orador notable.

Consideraba yo entónces la Cuaresma como una época del año tan diferente de las demas, que ántes de que empezara la esperaba con impaciencia, y la proximidad de su fin me entristecia.

Significaba la Cuaresma entónces una serie de devociones que yo tenia arraigadas en el corazon, porque no habiendo cumplido aún veinte años, estaba mas cerca de la fé que de la duda.

Me explicaré mejor. Hoy, dia de la fecha, al recordar aquellos primeros años de la vida, la comparo á un viaje que

hiciera con el propósito de no volver jamas al punto de partida. Si en este viaje habia de recorrer, por ejemplo, cien leguas, cuando no hubiera andado mas que quince podria aún sin gran trabajo arrepentirme de haber emprendido la marcha; estaria, como quien dice, á *un paso* de la primera estacion, y á larguísima distancia de la postrera.

Pero en este viaje de la vida no es posible, no, volver atras; recorremos los primeros años con rapidez pasmosa, y aunque la nostalgia se apodere de nosotros, nos hemos convertido en el judío de la leyenda. Hay que andar sin detenerse, y allí, en la estacion primera, nos hemos dejado lo que mas falta ha de hacernos luego.

Sí, Enrique, sí; aquella fé religiosa, ciega, *inconsciente*, aunque la palabra te parezca inoportuna; aquella especie de fervor á la antigua que heredamos de las virtuosísimas mujeres que nos dieron el sér; aquel catolicismo exagerado que nos enseñaron, exagerándole para que, aunque lo amenguara la razon, alentara siempre en nuestros corazones; aquella honestidad del albedrío; aquella devocion clásica, esencialmente española, confesémoslo con valeroso desconsuelo, la hemos perdido!

Te decia que estaba yo entónces mas cerca de la fé que de la duda, y que por eso la cuaresma significaba para mí una serie de placeres *sui generis*.

Sabia de memoria todas las oraciones que mi madre me enseñó á rezar. Tú has repetido conmigo aquella canturia con que el pueblo todo respondia al sacerdote, que desde el púlpito nos guiaba para que hiciéramos el coro. Dime la verdad, ¿sabes tú ahora todas aquellas frases? Confiésame que las has olvido. Te avergonzarias de decir en público que sabes de memoria todas las oraciones que aprendiste en el enorme

Eucologio Romano con broches de plata que tu madre te daba para que le llevaras en la mano cuando le acompañabas á la iglesia. Te he oido discutir en el congreso las ventajas y desventajas del catolicismo, y te lo he celebrado en una reseña parlamentaria. ¡Si supieras cómo me he acordado de aquellos viérnes en que íbamos al sermon juntos!.....

Así que comenzaba la Semana Santa, nos preparábamos á asistir á todas las ceremonias de la Iglesia, cuyos menores detalles conociamos perfectamente. Pues ¿y el Juéves Santo? ¿Recuerdas con qué actividad recorriamos todos los templos para ver las *monumentos*, y con qué satisfaccion nos apresurábamos á preguntar á todas las visitas de casa cuántas estaciones habian recorrido, para probarles en seguida que nosotros habiamos recorrido mas y que habiamos rezado en todas?

El Viérnes Santo era uno de los mas *grandes* que habia para nosotros en el año.

Y aquí sí que me permitirás que me detenga un poco para probarte que tengo buena memoria y que recuerdo perfectamente el aspecto que ofrecia mi casa, y por consiguiente, todas las de la poblacion. Costumbres provincianas son estas que no les pesará conocer á los madrileños.

La procesion era un acontecimiento. El Viérnes Santo era el dia de la procesion magna, de la mas notable que recorria las calles en todo el año.

Desde las dos de la tarde, la casa ofrecia un aspecto curioso. Los criados, vestidos de negro, rebosando satisfacion en el semblante, ponian á toda prisa las colgaduras en los balcones. Cuatro tenia mi casa, y en todos ellos habia de caber mas gente que la precisa. Nuestros padres, encerrados en su cuarto, y no digo que en *sus* porque nuestros padres

no hacian vida á parte, se vestian á toda prisa para recibir á los convidados, repasaban de memoria los nombres de todas las familias á cuyas casas habian pasado recado el dia anterior para que los dueños *vinieran á ver la procesion*, y temblaban ante la idea de que se les hubiera olvidado algun conocido. La calle, entre tanto, hervia de gente; soldados de gala formaban la carrera y decian piropos á todas las mujeres que pasaban por entre las filas. Dominaban en la concurrencia los mantones de crespon, y las botas de charol, y los sombreros de copa flamantes, y los guantes color de paja. Familias enteras, compuestas del padre, la madre, dos hijas casaderas, un chico estudiante, dos amas de cria y un criado antiguo, pasaban y repasaban en direccion de las casas en cuyos balcones debian presenciar el santo espectáculo, y á veces un codazo, un pisoton, ó un requiebro, producian disputas y acaloramientos, y aun amenazas; los balcones de todas las casas comenzaban á llenarse de gente; los enamorados habian buscado ocasion de ser presentados en las casas cuyos balcones daban en frente de los que habia de ocupar la novia. Amas y doncellas bailaban los niños en alto, cantando y diciéndoles mil cosas y enseñándoles el movimiento de la calle; vendíanse naranjas y limones que daban olor de primavera, se oia léjos, muy léjos un tambor, y ya corria de boca en boca la noticia de que la procesion llegaba.

Nuestros padres, puestos de punta en blanco, daban apretones de manos á las familias que llegaban sucesivamente, y que se apoderaban de los balcones con denodado propósito de no ceder el sitio á nadie, y dejando dentro á los dueños de la casa. Y eran tantos los conocidos y tan pocos los balcones, que á veces se pasaba un cuarto de hora en buscar sitio para una señora sin hallar la manera de quitárselo á otra.

Entre los conocidos los habia de todas clases y condiciones. El dueño de la casa, ó para hablar como en Madrid solemos, el *casero;* el médico que hacia cuarenta años que nos trabajaba la salud, y era como de la familia; su señora y sus siete niños llorando todos aun tiempo; un escribano muy rico y muy gordo con una hija muy bonita y muy redicha, que no queria pasar al balcon y no deseaba otra cosa; una señora viuda con muchos anillos y muchos rizos y dos criadas que tenia; las primas que habian venido de Calatayud á ver la procesion y á murmurar de todo y de todos; un pianista que daba leccion de solfeo á la vecina del cuarto segundo, y que bajaba á casa porque arriba ya no cabia mas gente.... ¡qué sé yo! ciento y la madre éramos, y en tanto que señoras y caballeros se colocaban, nosotros, los muchachos, corriamos como locos por los pasillos, dándonos de porrazos y nos poniamos todos los sombreos que habia en las perchas del recibimiento y jugábamos al toro, haciendo capotes con un manton colorado de mi madre.

De pronto cundia la voz: «¡La procesion!» y corriamos á la sala, y por entre las piernas de los convidados al balcon nos haciamos paso, y lográbamos colocarnos delante, y veiamos toda la procesion desde el principio hasta el fin, admirándonos viendo los *pasos*, que eran en verdad muy notables. Toda la Pasion y Muerte estaba en ellos representada, y nosotros, cambiando la travesura infantil en recogimiento cristiano, íbamos viendo pasar aquellas imágenes, que no nos parecian tales cuando llegaba el último paso, que representaba al Salvador del mundo, ya cadáver, á quien el vulgo llama en Aragon *Nuestro Señor en la cama;* todo el mundo se arrodillaba; el pueblo en la calle, los soldados en las aceras, la concurrencia en los balcones; subian hasta nosotros

las espirales formadas por el humo del incienso, arrojábamos ramos de flores sobre el santo palio; y era aquel un recogimiento tan solemne, tan imponente, que todas las ridiculeces que ántes te he recordado, referentes á las costumbres, desaparecen á mis ojos al recordar hoy aquel inmenso general fervor de todo el pueblo arrodillado, de todas las manos en el pecho; de todos los labios movidos por el rezo. ¡Ay, Enrique! ahora tú y yo vivimos de otro modo, razonamos mucho, pensamos con entera libertad, nadie nas obliga á venerar imágen alguna, tú admiras á Darwin, yo leo con fruicion á Büchner; la Semana Santa nos pareceria una semana como otra cualquiera, si no supiéramos que hay en ella un dia, el juéves, destinado á pasear por la Carrera de San Jerónimo, adonde acuden las madrileñas, espléndidas de hermosura, de gracia y de lujo; sí, no me hagas señas, no me digas que disimule los defectos de nuestra religiosidad aparente; yo soy mas franco que tú, declaro mi pecado, confieso que el recuerdo de aquella hermosa fé heredada que tan tranquilos dias nos produjeron, me atormenta y me hace sombra en el corazon, y que al comparar una edad con otra, prefiero encerrarme en la soledad de mi alma y recordar me es mas grato que presenciar, aunque son rias al verme tan devoto. Entónces, lo mismo tú que yo, creiamos en algo, pero creiamos. ¿En qué crees tú ahora? Al perder la creencia hemos perdido el derrotero y caminamos sin saber á dónde, como si al fin y al cabo no hubiéramos de acabar todos de la misma manera.

¡Qué diferencia de gustos y de aficiones se nota entre las que ayer nos dominaban y las que hoy nos impulsan á seguir la corriente de la costumbre! ¿Rezarás tú ahora como hace veinte años, cuando venias á buscarme para recorrer las estaciones?

Ya veo que te preparas para salir á la calle temprano. Has recibido el aviso de la señora de....., que te invita á dar limosna para los pobres enfermos de la parroquia; limosna que has de depositar en la bandeja que dicha señora pone de cebo en tal iglesia. Recorrerás varios templos con igual objeto. Compara.

Autrefois ibas conmigo á rezar en todas las iglesias. Mañana vas á no rezar, á decirles galanterías á media docena de amigas y á dar veinticinco duros. Despues irás á la Carrera de San Jerónimo, donde elegirás conquista nueva, y donde piensas esparcir el ánimo viendo ojos grandes, piés diminutos, mantillas tentadoras. ¿No es verdad que nuestro Juéves Santo de hoy mas bien parece feria, ó carnaval, ó lo que tú quieras, que solemnidad religiosa?

Mañana dirán todos los periódicos:

«La religiosidad del pueblo de Madrid se ha demostrado este año con la misma generosidad que los anteriores.»

Yo sé, querido Enrique, que pasado mañana recibirás una cartita concebida en estos ó parecidos términos:

«En el último sermon comprendí que quiere usted burlarse de mí, abusando del justo temor que me inspiran las sospechas de mi marido. Ayer, en la Carrera, estuvo usted á punto de provocar un escándalo. Vaya usted mañana á misa á San Antonio, y *allí* exijo que me devuelva usted mis cartas.»

¡Ay amigo mio! En aquella Semana Santa de nuestra infancia, la Pasion del Señor nos extasiaba; ¡ahora solo tenemos corazon para nuestras propias pasiones!

.....

X

MILORD.

(Memorias de un amigo mio.)

I

Seria una vulgaridad que yo repitiera aquí lo que todo el mundo sabe; esto es: que los perros tienen mucho talento.

Talento, sí. ¿Por qué no hemos de tener la franqueza, ó mejor dicho, el valor suficiente, para declarar que un animal de cuatro piés tiene algunas veces tanto talento como uno de dos, y muchas veces *más*?

¡Pues qué, hombres! ¿pretendereis, en general, sentir mas que algunos seres á quienes la Providencia privó del don de la palabra?

Un hijo tiene mi amigo el coronel Orbienta, que nació sordo y mudo; y á pesar de haberle enseñado todo lo que á los sordo-mudos se les enseña en estos tiempos, no ha aprendido nada, absolutamente nada. Celestino (que así se llama) tiene la frente espaciosa, cuadrada, los ojos pequeños y vivos, la mirada penetrante, los labios finos y delgados, la nariz como los reyes de la casa de Austria; nada revela en él un entendimiento apagado. De nada ha servido, á pesar de esto, que le enseñen á escribir, á pintar, á hablar por los dedos, á hacer, en fin, lo que hace el sordo-mudo mas vulgar. Celestino no aprende; Celestino no hace mas que comer, beber, fumar, reirse y dormir. Celestino es un imbécil.

Y en cambio ¡oh Dios! un loro que tiene el zapatero del portal de su casa, grita dia y noche con voz clara y acento iracundo: «*¡Viva la república federal!*»

Hombres, sois injustos. Os habeis empeñado en llamar instinto al talento de vuestro perro cuando os comprende sin descubriros y abusais de su forzado silencio, que os guarda el secreto de mil conversaciones culpables.

—¡Ah! decia en cierta ocasion una ilustre dama, tan adúltera como ilustre, al recibir un beso criminal que apasionado amante le daba. ¡Ah! ¡Me aterra la idea de que aquel animal (y señalaba á un hermoso perro de Terranova que presenciaba tales cosas) pudiera hablar de lo que ve!.....

¡Y el perro (me lo contó el amante) alzó la cabeza y dió un ladrido!

El hombre es orgulloso por naturaleza. Su soberbia es satánica. Ha adoptado un sistema para hacerse superior á todo: lo que no comprende, lo niega. Por ese niega que cuando las tórtolas se arrullan, se dicen muy lindas flores. Aquello no es un lenguaje, segun el hombre. La *gramática de las*

tortólas no se venden en ninguna libreria, *ergo* aquello no es hablar.

El ladrido del perro, que unas veces es fuerte, otras débil, unas veces alegre y otras lastimero, no está traducido á ningun idioma, y por ese lo negamos, y aun lo despreciamos. ¡Y hemos traducido á diez lenguas aquel famoso libro de Machiavelli, para aprender en él á robarnos unos á otros y á desangrarnos con toda habilidad y maña!

Considero y respeto al hombre que ha tenido la admirable paciencia de leer hoja por hoja sin perder una línea los treinta y ocho tomos de la *Historia universal* de César Cantú, desatinadamente traducidos en lengua que no parece castellana. Dicho español, á quien me figuro con los ojos muy grandes y los labios muy gordos, señal evidente de buena memoria, segun datos adquiridos por Gall y Lavater que llevaban en el bolsillo el alma de sus conciudadanos, habrá aprendido cómo vivieron los hombres, cómo se mataron, cómo se compraron, cómo se vendieron; sabrá de memoria las quince ó veinte mil guerras en que las generaciones todas, á medida que han ido adquiriendo luces y progresos, han ido matándose con mas perfeccion y seguridad de siglo en siglo; hará hecho, como dice el vulgo, su composicion de lugar, y sabrá á qué atenerse respecto de las pasiones humanas; y sin embargo, no sabrá, no podrá, no querrá comparar sus costumbres públicas y privadas con las del mas simpático de sus animales *domésticos*.

—Señor, le dirá su criado, el gato molesta á la vecindad por las noches con sus maullidos incesantes, y las quejas son muchas. Desde que empezó Enero el gato sale al tejadillo del balcon y alborota el barrio.

—¡Echarle! dirá el sábio con mal humor. Regalarlo á cualquiera.....

¿Y por qué, oh sábio impertinente? El gato ama á su manera; canta endechas de amor con una música que tú no comprendes; tú, que *finges* comprender el *saltarello* de la cuarta sinfonía de Mendelssonh (te he visto dormido en el concierto del monasterio, aburrido de no entender aquello); busca á su amada en la soledad de la noche, lo mismo que tú, y hace, ni mas ni ménos, lo que tú hiciste en tus mocedades para que te amara tu mujer, que mal que te pese, se llama Diana, lo mismo que tu perra de caza, á quien instintivamente diste nombre de persona para llamarla de algun modo.

Tu gato no hace mas que maullar, pero su amor no pasa de Enero, miéntras que *tú* amaste cinco años y has acabado por separarte de tu mujer, ménos fiel que la otra Diana, á quien no puedes culpar de inconstante.

Tu gato expresa su amor de una sola manera.

Tú escribiste versos,

diste serenatas,

convidaste á comer,

rondaste la calle dia y noche, molestando á la vecindad y poniéndote en ridículo.

En cierta ocasion..... ¡anduviste tambien por el tejado!

Ahora repruebas la conducta de tu siervo felino; te declaro egoista, intolerante, déspota, *intransigente*.

Una noche, en el teatro Real, Luciano y yo (Luciano era un amigo mio, cuyo caballo, harto de malos tratamientos, le pió un par de coces tan bien pensadas, que le dejó muerto en el acto); Luciano y yo asistiamos al ensayo general de *La Africana*, verificado al comenzar el cólera en Madrid. Allí,

en el mismo teatro, hubo algunos casos. Los hombres, olvidando que aquella podia ser la última noche de su vida, habian acudido, sin embargo, á gozar del espectáculo. *Un dia de vida es vida*, dicen los árabes..... y los españoles. Luciano participaba de mis opiniones respecto de la *ilustracion* de ciertas familias del reino animal.

—¿Qué género de alimañas, me decia, habrá tan indiferentes á la muerte como nosotros?

—Es verdad, le dije. En el jardin de plantas habia (y es Buffon quien lo cuenta) dos elefantes apreciabilísimos, en honor de los cuales se verificó un concierto para ver qué efecto les producia la música. Los acordes de un violin les conmovieron hasta el extremo de hacerse el amor (eran elefante y señora) y de acariciarse arrobados.

—¿Pero no estarian enfermos? dijo Luciano.

—No.

—Pues henos aquí á mil madrileños, exclamó, enfermos todos, amagados de muerte. Tal vez mañana el cólera nos habrá diezmado..... ¡y nos hemos puesto de veinticinco alfileres para oir á Meyerbeer!

En esto entró en su palco la señora de..... la señora de su marido; ¿qué le importa á nadie su apellido? La acompañaba un marqués, su amigo..... pero no, no digo verdad; repugno la mentira y me declaro delator. La acompañaba su amante, el hombre á quien todos señalábamos como tal; porque la deshonra del marido de aquella señora era un secreto que guardábamos seiscientos mil habitantes de la villa y corte, puestos de acuerdo sin previo aviso para no hablar nunca de tales cosas ni á ella, ni á él, ni *al otro*.

—Luciano, le dije á mi amigo, me acuerdo en este mo-

mento de un hecho descubierto por Büchner, y que han referido todos los periódicos alemanes.

—¿A ver?

—Parece ser que en las cercanías de una quinta de Weddendorf se reunieron varias cigüeñas, y despues de gritar desaforadas durante mucho rato, condenaron á otra cigüeña por adúltera. El macho y las demas cigüeñas la mataron á picotazos y la echaron del nido, materialmente despedazada.

Luciano se echó á reir mirando al palco de nuestra amiga, pues amiga nuestra era la cigüeña ilustre á quien nunca pensamos en echar de su nido. Luciano dudaba de esta noticia que le dí, como dudará el lector á pesar del testimonio que puedo presentarle. Es un hecho referido en todas las obras de darwinismo últimamente publicadas.

Sí, lectora incrédula, lector vanidoso; somos muy soberbios *los que hablamos;* yo declaro que hay séres *inferiores* mas apasionados, sensibles, leales, reconocidos, consecuentes y agradecidos que nosotros.

Mi padre, que Dios haya, murió once años ha; á los cuatro años ninguno de sus parientes llevaba luto, ninguno conservaba ya en el rostro esa expresion de dolor que deja hondas huellas para mucho tiempo.

Y *Milord* no se ha quitado el luto todavía.

.....

.....

II

—*Usted hará lo que quiera y yo lo que debo.*

Así decia el defensor de Zaragoza, contestando á la breve intimacion del general frances.

Lo mismo, exactamente lo mismo, nos dijo *Milord* en las puertas del cementerio.

Perro inglés, alma grande, carácter severo: color castaño oscuro, ojos claros, serenos, reposado andar, cola inmóbil, ni una sola mancha: este era *Milord*.

Y muy bien llamado fué. Tenia la mirada de Nelson; como él, pudo decir al ver caer la última paletada de tierra sobre el féretro de su amo: «He cumplido con mi deber.»

No murió con su amo porque no supo suicidarse. Lo intentó: os lo juro.

Habeis de saber que *Milord* habia nacido en mi casa y recibido en ella su educacion.

¡Ah! ¿Os reis?

No importa.

Acompañó á mi padre en la primera salida que hicieron los zaragozanos contra los franceses que pusieron sitio al pueblo inmortal.

Las tropas de Lefebre se aterraron ante aquel valor incomprensible. No llegaban á cien escopeteros los que se atrevieron, no ya á comenzar la defensa de aquel recinto sin murallas ni artillería, sino *á salir* contra los gabachos.

Volvieron diezmados.

Milord trajo entre los dientes los faldones de un lancero polaco.

Se asegura, y es lástima que la historia no lo haya consignado en sus gloriosas páginas, que *Milord*, en los momentos mas horrorosos del sitio, hizo dos grandes cosas.

Alentó con fuerza durante una hora sobre el rostro de un muchacho de catorce años, que estaba tendido en el suelo y sin vida.

¡*Milord* queria volverle á la vida!

Arremetió con el general Verdier y le mordió en una pantorrilla.

Tiene una cicatriz en el lomo.

¡Oh! ¡Si pudiera recordar todo lo que este consecuente liberal hizo en su vida, podríase hacer un libro muy curioso!

Era costumbre en mi casa, montada á la antigua, que apénas llegaba el jefe de la familia, que pasaba la mayor parte del dia fuera, se sirviera la sopa. De manera, que apénas sonaba la campanilla (y sonaba siempre á las seis en punto de la tarde,) ya el criado se presentaba en la puerta del comedor con la sopera en la mano, y la familia ocupaba todos los asientos, esperando á que mi señor padre colgara capa y sombrero en una percha y se presentara en el comedor, con su gravedad, proverbial en la tierra.

Milord comia á su lado.

Un dia, eran las seis y mi señor padre no venia. La campanilla no sonaba. *Milord*, impaciente, corria desde el comedor á la puerta de la calle y viceversa; tenia inquietud y hambre. Una de las criadas salió, y al abrir la puerta, *Milord*, rápido como el rayo, sale á la escalera, levanta una pata, la mete por el anillo en que terminaba la cadena que hacia veces de cordon de la campanilla; esta suena con estrépito, la familia acude al comedor y *Milord* hace lo mismo El criado aparece con la sopa..... ¡Oh ingenio malogrado

animal sapientísimo! Nos contentamos con celebrar aquel rasgo de ingenio, pero ni comimos ni le dimos de comer al ingenioso, esperando al amo que vino tarde, y regañando porque le habíamos esperado.

A las once de la noche de un Viérnes Santo se prendió fuego á la biblioteca de mi tia, una señora erudita é inaguantable. Dormiamos todos profundamente. El fuego cundia, las llamas inundaban el cuarto.....

Milord ladraba como un desesperado. Mi padre despierta furioso, y se levanta para castigar al escandaloso animal que así turba el silencio de la noche..... Diez minutos mas y no hubiera habido remedio para nosotros.

La prensa elogio desmesuradamente la serenidad de mi padre en el incendio, el valor de un criado, que contribuyó poderosamente á extinguir el fuego. Del perro..... ¡nadie dijo nada! Bien lo comprendió y lo deploró el pobre, y se vengó como pudo. Durante un mes, en cuanto oia el ruido producido por el periódico que el repartidor introducia por debajo de la puerta, se abalanzaba al papel y lo hacia pedazos con la boca y las uñas.

Enfermó mi padre. Agravóse su mal, que duró cerca de dos años; dos años, durante los cuales el perro no se separó de la cabecera ó de los piés de la cama.

El médico venia dos veces todos los dias; en cuanto llegaba, poníase de pié *Milord*, lamia las manos del doctor, subíasele encima, movia la cola con rapidez vertiginosa, ladraba, aullaba, hacia, en fin, todas las demostraciones de cariño que le eran permitidas.

Despues, cuando el doctor pulsaba al enfermo y auscultaba los latidos del corazon, centró de la enfermedad, el perro se quedaba inmóbil, mirando fijamente al doctor, queriendo adi-

vinar lo que éste pensaba; luego le acompañaba hasta la puerta; volvia despues á la alcoba, y lamia cariñosamente la mano que mi buen padre le tendia..... ¡No ladró en aquellos dos años!

Llegó el dia fatal, término de la vida. Morir el enfermo y comezar la desesperacion del fiel amigo, fué una misma cosa. Llorábamos todos á gritos, y él ladraba con furia, subia sobre la cama, olfateaba el cadáver y se arrojaba al suelo, y tomando carrera desdo el principo al fin de un pasillo se daba con la cabeza contra la pared; y habríase hecho pedazos si los criados, compadecidos, no le hubieran cogido y atado, como á persona loca furiosa.

El entierro fué al dia siguinte.

El dolor de *Milord* llegó hasta la irreverencia, hasta la profanacion.

Sin respetos humanos ni divinos, sin temor á los puntapiés que los sacristanes le dieron y de los que desistieron por fin, para no aumentar al escándalo, *Milord* rompió la fila de deudos y amigos que formaban el duelo, asaltó el catafaco y se tendió sobre el féretro. ¡Espectáculo extraño, nunca visto, desagradable y conmovedor á un tiempo! Con ese aullido tristísimo y desolador con que los perros hienden el aire cuando olfatean la proximidad de un cadáver, interrumpió sin cesar el *De profundis*, y ridiculizó la solemnidad de la ceremonia.

Condujeron el cadáver al camposanto. La comitiva cumplió con el último deber y se retiró. *Milord* se quedó allí, oliendo la tierra, arañándola con las uñas, aullando tristemente. Despues, fatigado, rendido, se tendió sobre la fúnebre losa, pegó el hocico á la tierra, y allí se quedó..... ¡y allí está todavía!

Sí; al cabo de once años, yo he vuelto á visitar la tumba de mi padre.

Despues de once años de ausencia he vuelto á mi país, y la primera visita ha sido al cementerio. ¡Y allí, tendido al sol y sobre la losa que cubre los huesos del hombre que me dió el sér, he encontrado á su amigo mejor, á su mas consecuente allegado!

No pude contener un grito de asombro.

El sepulturero arreglaba un monton de tierra cerca del sitio en que yo me hallaba. Le pregunté de quién era aquel perro.

—Ahora, mio, me dijo; porque ántes era de un señor que se murió, *lo cual* que está ahí enterrado, y este perro se vino aquí el dia del entierro y no ha querido salir del cementerio. En mi casa come, y ahí se pasa el dia, tumbado encima de la losa.

Milord no me habia reconocido. Los naturalistas aseguran que el perro conserva durante mucho tiempo memoria de personas con quien mas íntimo contacto tuvo. Pero ¿no es verdad que un gran dolor puede producir la estupidez, el idiotismo? ¿No pudo *Milord* haber perdido la memoria?

No me reconoció; pero al ver en mí un forastero que llegaba delante de aquella tumba solitaria, y se descubria, y arrodillándose sobre la fria losa rezaba y lloraba, se levantó pausadamente, se acercó á mí con lento paso, y lamiéndome silencioso, rostro y manos, me consideró como hermano y me acaricio como compañero.

.....

Así decian las Memorias de mi amigo Javier, que me dió el grato encargo de publicarlas comentadas como mejor me pareciera; y tengo el honor de ofrecerlas á la voracidad del lector, para su conocimiento y demas efectos.

XI

LOS ACREEDORES.

¿Quién no los tiene?

¿Es usted, lector? ¿Es usted, lectora?

Quisiera yo saber quién es el que se ha quedado sin su acreedor correspondiente en estos tiempos calamitosos.

Madrid es un pueblo especial.

Recuerdo que siempre ha sido de buen tono eso de tener acreedores.

La aristocracia hace alarde de tenerlos. La clase media los tiene sin hacer alarde.

¡Y todos viven tan felices, tan contentos!

Dígale usted á un amigo:

—¿Vamos á ver á Perez?

Perez, puede ser un conocido de los dos.

—Vamos, dice el amigo.

—En marcha.

Y echan ustedes á andar, calle del Arenal arriba.

—¡No! exclama de pronto el amigo. ¡Por aquí no!

—¡Pero si el camino es este!

—¡No!

—¡Sí!

—Pero yo no puedo pasar por allí.

—¿Por qué?

—Porque tengo un *inglés*.

Y usted, al oir esto, se rie de la gracia.

¿Por qué se rie usted?

Porque en España (y en Francia lo mismo, no vaya usted á creer) la deuda es una *costumbre* como otra cualquiera.

Los franceses tenian su prision por deudas, que era el medio de que se valian los calaveras para darse á conocer. Aquí no tenemos eso, pero en cambio poseemos esa deliciosa desfachatez que nos sirve para decir en todas partes sin temor alguno:

—Yo debo.

¡Oh! ¡El deber!

El deber es una cosa sagrada.

Doy por supuesto, lector, que tienes acreedores.

Aunque seas un excelente sugeto, los tendrás.

Para probártelo, no tengo mas que recordarte la fecha en que vives.

Tienes, pues, lo que hemos dado en llamar *ingleses*.

No sé si eres observador, pero si no lo eres, observa conmigo y te convencerás de la variedad de tipos que hay en ese respetable gremio.

¡Qué tipos! ¡Qué plagas! ¡Qué curiosísimo estudio!

¿Verdad?

¿Recuerdas que cada uno de los que vienen á pedirte dinero te lo piden de diferente modo?

¿Verdad que sí?

¿Verdad que á cada nuevo campanillazo se presenta en campaña un sugeto de diferente temperamento?

Por ejemplo:

El acreedor incansable.

Es un hombre, cuya paciencia desesperaria al paciente Job.

Viene todos los dias, y casi siempre á la misma hora.

—¿Está don Fulamo?

—No señor.

Esto se lo dice siempre el criado. ¡Naturalmente!

—No está, ¿eh?

—No señor, no está.

El acreedor se queda mirando al suelo y reflexionando durante algunos momentos.

—Conque no está, ¿eh?

—No señor.

—¿Y á qué hora se le podrá ver?

—A las siete.

—Bueno; pues hasta luego.

Y vuelve á las siete ménos tres minutos.

El criado, que le conoce ya en el modo de llamar, sale á abirle y ántes de que el otro pregunte, ya dice:

—No señor.

—¿No ha venido?

—Sí, ya vino, pero se volvió á marchar.

El acreedor vuelve á reflexionar y á dar pataditas en el suelo.

—¿A qué hora se le verá mañana? pregunta.

—Segun..... No tiene hora fija..... Véngase usted á las once ó las doce.

Al dia siguiente á las once y media ya está el hombre tirando de la campanilla.

Y esto sucede todos los dias, en invierno, en primavera, en otoño, en verano, por la mañana, por la tarde y por la noche. Y el acreedor no se cansa nunca, y vuelve una vez y otra vez, y doscientas que le digan que vuelva. Le conoce toda la vecindad, se ha hecho amigo de los porteros y del tendero de enfrente. La cuenta que traia en la mano se ha puesto ya en estado deplorable, mugrienta y rota..... ¡pero el hombre, impertérrito, no desmaya nunca! Conozco uno que tenia quince años cuando fué por primera vez á casa del deudor: hoy son sus hijos los que van á cobrar la misma cuenta. ¡Hijos habidos en el matrimonio del acreedor con la portera de la casa!

A lo ménos, el acreedor incansable es pacífico.

Mas temibles son otros.

Verbigracia, el acreedor orador.

Este es muchísimo peor que el primero.

Porque este no sabe pedir el importe de la deuda sin hablar dos horas.

—Dígale usted al señor que estoy aquí.

—El señor no está.

—Pues es una triste gracia, porque ya he venido muchas veces, y francamente no estoy para ir y venir sin resultado, porque yo tengo mis quehaceres y no puedo abandonar

mi casa; y si hubiera sabido lo que me iba á pasar, no le hubiera fiado nada, porque eso es una cosa muy triste; y ya ve usted que si todos hicieramos lo mismo, tendria uno que cerrar la casa. Y hágame usted el favor de decirle que sepamos en qué quedamos, porque esto no es regular, y yo sentiria mucho tener que recurrir á medios que no le harian mucha gracia. En fin, á ver si se consigue, cuando ménos, que me dé algo, aunque no sea todo; porque yo no puedo estar así, eso ya lo puede usted comprender, y me cansa ya tanto subir escaleras sin resultado; y como usted no se lo diga, entónces no hacemos nada; porque, ¿de qué me sirve á mí venir y venir, si luego no alcanzo poder hablar con el amo? Conque ya lo sabe usted: dígale usted que he estado aquí. Ea, abur, que usted lo pase bien; á la tarde me daré una vueltecita.

Y se marcha refunfuñando por la escalera.

Miéntras ha estado hablando, se ha enterado todo el que subia ó bajaba, de que usted no paga sus deudas.

Los vecinos del cuarto segundo han estado oyéndole asomados al ventanillo de la puerta.

Y por último, toda la casa se entera de lo que va gritando al marcharse.

¿Verdad que la elocuencia es temible de veras?

¿Y qué me cuenta usted del acreedor maton?

¿No ha tenido usted nunca un acreedor de esos que vienen siempre *dispuestos á todo?*

Generalmente, este Fierabras es el criado mas feo del acreedor, y el que peores pulgas tiene.

Va siempre de muy mala cara, da un gran campanillazo, y habla en voz muy alta.

Siempre sabe las cosas de muy buena tinta.

—¿Está?

No dice quién por abreviar razones.

—No señor.

—¡Pues yo ya sé que está!

—¡Pues le han engañado á usted!

—Bueno. Yo sé lo que he de hacer. Dígale usted que ya no hay paciencia que aguante tanto..... ¡Y que yo sé cómo se arreglan estas cosas!

Y al decir esto, se mete mano entre la chaqueta y el chaleco, como si buscara algo.

Por supuesto que entre los acreedores, como entre los hombres, los valientes son como el buen vino.

Por último, y para no cansar á ustedes mas con recuerdos tristísimos, no diré mas que dos palabras acerca de otro género de acreedores.

Los acreedores alevosos.

Estos son:

Aquellos que no llaman á la puerta, porque esperan en la calle. Al salir ó al entrar, no tiene usted mas remedio que encontrarse con ellos, y no hay escape.

Los que *se color* de no querer molestarle á usted, le tras-

pasan el crédito á un ostrogodo que le mata á ustedá desazones.

¿Y los que no le molestan á usted casi nunca?

¡Estos son los peores de todos!

Se pasan un año acechando, y el mismo dia en que usted acaba de cobrar una cuenta, ó de ganar á la lotería, ó de heredar, ó de casarse, le salen á usted al encuentro con la mayor finura y le dicen aquello de:

—¿Me hace usted el favor de aquel piquillo?

XII

LOS NOMBRES POPULARES.

(En el entierro de Julian Romea.)

Y salió el fúnebre cortejo de la iglesia de San Sebastian.

La comitiva era interminable. Todo Madrid habia acudido á la plaza del Angel.

Inmediatamente despues del féretro iba el ministro.

Al lado del ministro iban los pobres.

Detras del ministro, los actores.

Allí estaba Mata, ese jóven, esperanza del arte; allí Oltra, amigo y digno compañero del difunto; allí Pizarroso, allí Catalina.....

Los autores á centenares, los periodistas á millares, los literatos á millones; todo Madrid, y todo Madrid iba detras de la caja mortuoria.

Si en aquel momento hubiera entrado en Madrid un fo rastero, habria preguntado de seguro:

—¿Quién es el difunto?

—Julian Romea.

—¡Ah! ¡El gran actor!

Nadie hubiera tenido que hacer la segunda pregunta de:

—¿Y quién era ese?

.....

.....

Al llegar al teatro del Príncipe, varias actrices arrojaron flores y coronas sobre el féretro.

La concurrencia en los balcones de todas las casas era inmensa.

En la calle se agolpaba la gente; todo el mundo hablaba, todo el mundo tenia algo que decir.

Los diálogos eran variados. De cada diálogo se podia deducir algo notable.

Eran diálogos que, oidos por órden, hubieran compuesto toda una historia.

Por ejemplo:

Una señora anciana á otra:

—¿Quién es el muerto?

—Don Julian.

—¿Quién? ¿Don Julian Romea?

—Sí señora.

—¡Válgame Dios! ¡Quién me habia de decir á mí que habia de ver su entierro!

—¿Y á mí? ¡Yo que le he conocido cuando tenia quince ó diez y seis años!.....

—Y yo lo mismo. El iba mucho á casa de unas amigas mias que vivian en la calle de Majaderitos; unas chicas muy

guapas, andaluzas; y las dos estaban enamoradas de él, porque ha de saber usted que era el mejor mozo de Madrid, y tenia muy buen humor, y sobre todo, tenia mucho partido entre ellas.

—Sí, sí; ya me acuerdo yo de eso; él estaba estudiando leyes entónces.

—Justamente; su madre no queria que fuera cómico, pero él le tenia mucha aficion. ¡Vaya! ¡Pues pocas veces que he hablado yo con él en aquel tiempo! ¡Tan galan, tan guapo, tan enamorado!.....

—Vea usted lo que somos.

—¡No somos nada, señora, no somos nada!

.....

.....

El diálogo es en un balcon.

—Carolina, ¿te acuerdas cuando fuimos á pedirle una recomendacion para que colocara á aquel pobre muchacho?

—Sí. Me acuerdo que tenia sobre la mesa los papeles de *El hombre de mundo*, y estaba de muy mal humor con Ventura de la Vega.

—Es verdad; pero en cuanto nos vió, se le cambió el semblante.

—Y á mí me dijo una galantería de tan buen tono.....

Y en seguida, cuando le contamos que nuestro recomendado no tenia qué comer, y que era el sostén de su madre, y todas las desgracias que sobre él pesaban.....

—Asomaron lágrimas á sus ojos, y nos dió una carta para un director general.

—Y al oir el nombre de Romea, todos se interesaban en complacernos.

—¡Valia mucho!

—Mucho.

—¡Pobre Romea!

.....

.....

Diálogo entre dos autores:

—Ahora sí que es verdad que ha muerto.

—¡Tantas veces amenazado, tantas veces en peligro, tantas veces al borde de la tumba!

—Y siempre conservando su amor al arte. ¿Recuerda usted?

—Mucho. Le ví la víspera de salir para Barcelona. Apénas podia hablar; la tos le interrupia á cada momento, y sin embargo, iba gozoso..... pensando en *Súllivan*, pensando en *La oracion de la tarde*.

—¿Recuerda usted el estreno de *La oracion de la tarde?*

—¡Ah! No he visto nunca al público tan frenético.

—¿Recuerda usted *Los hijos de Eduárdo?*

—¡Admirable!

—¿Y su sublime *Súllivan?*

—¡Ah! ¡Quién le reemplazará!

.....

.....

Y así unos, y otros, autores, actores, hombres, mujeres, niños y ancianos, todos tenian algo bueno que contar.

La noticia de su muerte habia cundido con la rapidez del rayo.

El público en masa acompañaba los restos del gran actor, á quien tantas veces habia aplaudido.

Del gran actor, que merced á su inmenso talento se habia conquistado el primer puesto en la escena española.

Del gran actor, gloria nacional.

Y sin embargo, á juzgar por las esquelas de invitacion, si el nombre de Romea no hubiera sido tan popularísimo, hubiérase dicho que todos los que allí nos habiamos reunido, hombres políticos, artistas, autores dramáticos, poetas, literatos y particulares, habiamos ido acompañando el cadáver de un señor comendador de una órden y comisario regio de un establecimiento del Estado.

¿Por qué razon en las esquelas no se dijo que aquel era el entierro de un actor?

¿Por qué se le dió un carácter tan marcadamente oficial á la ceremonia?

El gran actor ha muerto coronado de gloria, y esa gloria pertenecia no mas que al gran actor, por él mismo.

El hecho ha llamado mucho la atencion y ha sido objeto de todas las conversaciones.

Es preciso que conste que el público y los artistas, que sin que nadie los llamara acudieron presurosos á rendir el último tributo al inmortal artista, no vieron con buenos ojos una omision que no pudo ser involuntaria.

XIII

INVENTO MARAVILLOSO.

Se trata de una gran invencion, pero de una invencion cuyos resultados, si han de ser como yo me los figuro, van á ser asombrosos.

¡Oh! ¡Con qué placer he leido la noticia en *La Correspondencia de España!*

Nunca se vió *La Correspondencia* tan favorecida.

Nunca me acosté tan satisfecho.

Puedo asegurar que se me ha quitado un peso de encima.

Y eso que mis pesos no son fuertes, pero me abruman á veces.

Apuesto que el lector está impaciente.

¿De qué se trata?

¿Qué sucede?

¿Qué se ha inventado?

¿Tiene razon Julio Verne?

¿Viajarémos en globo?

¿Se trata tal vez del movimiento contínuo?

¿Hay una estrella nueva?

Oid, oid: es algo mejor que todo eso.

Un español, y por cierto amigo mio, ha dado con el medio de evitar las falsificaciones.

¿He dicho algo?

Convengamos en que al decir esto, se vienen á la memoria un sinfin de billetes de mil reales cuyos autores están en la cárcel.

La imaginacion se complace en darle vueltas al autor de aquella *serie* famosa.

Los sellos de real desaparecen de entre el número de nuestros enemigos.

En una palabra, un español, al oir la noticia del invento, respira.

¡Es tan fácil ser engañado en la noble tierra de España!

¿No le han dado á usted nunca moneda falsa?

¿Y billetes falsos de toros?

¿Y hasta cartas falsas?

¿Puede usted creer á ojos cerrados en todo aquello cuya adquisicion vale algun dinero?

Olvidémonos por un momento del patriotismo.

Conozco hombres que han desfigurado su fé de bautismo.

Conozco estudiantes que han falsificado la firma de sus papás. ¿Para qué seria?

Conozco esposas que falsifican las cuentas de la modista, para presentárselas al cándido marido.

Conozco otras muchas cosas de cuya explicacion no quiero acordarme.

Pues bien; si el procedimiento de Alabern (el inventor se

llama Alabern) da buenos resultados..... todo el mundo á la cárcel. Se acabó la picardía.

Y no es esto solo.

Toda invencion es susceptible de prefeccionamiento.

Gutenberg no pudo nunca figurarse que lo que él empezó toscamente, lo habia de acabar..... Rivadeneyra, por ejemplo, de un modo tan admirable.

Elías Howe, ese ingenioso introductor de las máquinas de coser, empezó por hacer un juguete.

Ahora bien: la invencion de Alabern puede llegar hasta lo inverosímil.

Yo quiero suponer que llega.

Quiero suponer mas.

Quiero que se llegue á conseguir lo siguiente.

Parece que el quid del invento consiste en un comprobante. La persona que duda de un documento, por ejemplo, comprueba con un talon *ad hoc.*

Ese talon le saca de dudas inmediatamente.

¡Oh! Con un talon así en el bolsillo, ¿quién como yo?

¡Cuántas ilusiones deshechas en un instante! ¡Cuántos desencantos en un minuto! ¡Cuántas seguridades! ¡Cuántas ventajas! ¡Cuántas lecciones!

Por ejemplo:

Luisa me ama: su corazon es puro, es noble, es sincero. En su fisonomía no hay nada que prevenga en contra de esa pobre muchacha, diria yo, enamorado de Luisa.

Pero hé aquí que un amigo mio, conocedor del mundo, me da la voz de alarma.

—Luisa, me dice, no es lo que parece.

—¡Imposible! exclamo yo.

—¡Es usted un niño!

—No hay tal. Luisa es el modelo de la mujer virtuosa.

—¿El modelo? Saque usted el comprobante.

Y hé aquí el talon.

—¡Ah!

El amigo tenia razon. El corazon de Luisa se parece al de las mujeres virtuosas; su fisonomía es casi igual á la de la casta Susana; pero no hay tal cosa: Luisa es un billete falso de la serie de mil.

Otro caso:

Yo soy elector. Yo quiero votar por don Fulano de Tal, que es muy liberal; él lo asegura, y yo le creo.

Constantemente está declamando y escribiendo artículos casi republicanos.

Un enemigo suyo me dice una tarde:

—Le advierto á usted que ese hombre es un bribon.

—Mire usted lo que dice.

—Está mirado.

—Yo creo á los hombres por su palabra.

—Ya no basta eso.

—¿Cómo?

—Saque usted el comprobante.

—¿Eh?

Y saco el talon.

¡Que horrible desengaño! Efectivamente, el presunto diputado parecia un hombre de bien; sus palabras eran casi las mismas de los hombres consecuentes y liberales; pero en el fondo de su conciencia, hay una mancha, que á primera vista no es fácil distinguir. Su corazon es mas pequeño de lo que debe ser. Este hombre es un documento falso.

¿Quereis mas casos aún?

Na hay inconveniente en exponerlos.

Don Fulano de Tal parece un sábio. Toda la prensa europea le ha dicho.

¿A ver el comprobante?

Pues resulta que el tal hombre es un bárbaro.

Cárlos es una persona distinguida, que figura entre la buena sociedad, y que pasa por un caballero.

Saque usted el talon.

Es un estafador escapado..... de su país.

¡Qué hermosa es la vizcondesa!

¡Qué blancura! ¡Qué morbidez! ¡Qué cabello! ¡Qué dentadura!

¡Ah, jóven incauto! Haga usted la prueba: á ver el talon lo que nos dice.

Colorete, cal, agua de Barcelona, pelo postizo, lunares idem, corsé maravilloso, pecho de carton, cold-cream y polvos de arroz en todas direcciones.

—Qué excelente amigo es Teodoro!

—¿Cree usted?.....

—Me está ofreciendo constantemente cuanto tiene.

—¿Quiere usted convencerse de que eso es mentira?

—¡Hombre.....

—Compruebe usted.

—¡Teodoro es un miserable!

—Precisamente.

—Me ha desconsolado usted. Vamos al café; quiero distraerme.

—Vamos.

—¡Mozo, café!

—¿Va usted á tomar eso?

—¿Y por qué no?

—Saque usted el talon.

—¡Horror! ¡Si esto es agua de bellotas y achicorias.

—¡Ya ve usted! ¡Parecia *moka!*

—¡Estoy horrorizado! Deme usted un cigarro.

—Tome usted, pero saque usted el talon antes de fumar.

—¡Cáscaras! ¿Me ha dado usted un lapicero?

—Le compré en el estanco.....

—¿Es decir, que no hay nada real y verdadero en el mundo?

—No sé; el talon responderá.

—En ese caso, ¡prefiero romper el talon y vivir engañado!

.....

Y acabaria uno por decir:

¡Inventor, sublime inventor, detente! ¡No sigas, por Dios! ¡Los españoles harémos una suscricion nacional para dar un premio á tu obra, pero déjanos vivir con nuestras ilusiones!

XIV

EPISTOLARIO ESPAÑOL.

Lector, ¿recibes muchas cartas?

¿Pagas al cartero ese miserable cuarto que multiplicado por quinientas cartas que recibes al año suman la cantidad de cincuenta y ocho reales con ochenta y cuatro céntimos?

Pues bien: supongo que no eres observador y que no te has fijado en una cosa.

Casi todas las cartas empiezan y acaban del mismo modo; pero ¿has reparado en la diversidad de estilos que has leido entre la fecha y la firma?

Te recomiendo ese estudio, porque es muy útil.

Yo podria decirte de quién era la carta que me leyeras, siempre que tú me dijeras el nombre del que te ha escrito.

Todos los dias, cuando voy á abrir mi correspondencia, se me ocurre esto:

—¿Con qué especie de gente tendré que habérmelas hoy?

Y bien pronto sé á qué atenerme.

En primer lugar, la letra me da una breve idea del individuo.

¿No sabes tú eso, lector?

Pues no lo olvides; el carácter del individuo se retrata en su carácter de letra.

Por eso dijo un autor que todas las mujeres tienen el mismo carácter.

Las mujeres escriben siempre menudito, menudito, torcido, con equívocos y mala ortografía.

O lo que es lo mismo: debilidad, picardía, suavidad, intencion aviesa, sutileza y deslices. Tal es la bella mitad del género humano (con permiso da tu señora.)

Los escribanos hacen letra grande, de mucho ojo (¡mucho ojo)! larga y tendida. Es decir: avaricia, entretenimiento, pesadez, asuntos interminables.

Los hombres importantes, los aristócratas, los políticos, hacen letra malísima, ilegible, verdadero jeroglífico: vanidad, ignorancia.

Los comerciantes, letra inglesa, estrecha y metida, muchas cifras y muchos signos convencionales: economía, negocio, peso y medida, ahorro, barullo.

Y así por el estilo, cada individuo, como cada clase, tiene su manera especial de ser cuando escribe, como la tiene en los demas actos de su vida.

En cuanto al estilo, puedes estudiar en él cómo andan las cosas de este bajo mundo. No comprendo la educacion desde que he recibido cartas de maestros de escuela, sin puntos ni comas. No sé á qué atenerme desde que he visto cartas en que *Cristo* está escrito con *q minúscula*.

Pero se me dirá que estas son excepciones.

Efectivamente, excepciones son, y será preciso que busquemos la regla general para obrar de buena fé.

CARTA DE UN JÓVEN ENAMORADO POR PRIMERA VEZ.

«Señorita: desde el momento en que la ví á usted, mi corazon no cesa de decirme que sin sus miradas de usted me seria odiosa la vida. Una sola palabra, y mi felicidad está asegurada para siempre. ¡Ah, señorita! Usted, que tiene talento y es amable y bondadosa, no dejará sin contestacion esta carta en la que van mis esperanzas todas. ¡Ah, señorita!».....

CARTA DE UN SASTRE

«Señor don N. Muy señor mio: Habiendo enviado mas de veinte veces á mi dependiente á cobrar la cuenta de usted, y no habiéndole usted recibido, y habiéndome convencido de que usted no me paga, le advierto que mañana será citado á juicio, esperando que no me hará usted tomar otra providencia.

Es su afectísimo,—*X.*»

CARTA DF UNA MODISTA

«Apreciable Goaquin, mamá á estado mal y por eso no he salido anoche y por eso no ma visto ustex y por eso le dirigo

esta pa disculparme. Haga usté el favor de tener pasiensia por que como una está tan atada ya ve ustez que una no puede. Que tenga usté juisio y no morbide por otra estos diaz y asta tanto le quiere con el arma su—*Paca.*»

CARTA DE UN MARIDO.

«Querida esposa mia: Por acá no hay novedad: lo estamos pasando muy bien, y la cacería promete estar muy animada. Hemos sentido mucho que Leon no haya venido con todos nosotros, pero parece que ese muchacho estaba muy atareado. Yo creo que anda en amores. ¿Sabes tú algo?

Que te diviertas y me esperes con los brazos abiertos; yo estoy ya deseando arrojarme en ellos y descansar de las fatigas que lleva consigo esta que hemos dado en llamar deliciosa vida del campo.

Adios, esposa mia, adios.

Te quiere mucho,—*Joaquin.*»

CARTA DE UNA ESPOSA.

Apreciable amigo Leon: Joaquin salió ante ayer y me escribe hoy preguntándome si está usted enamorado.

¿Quiere usted contarme sus amores, para que yo pueda referírselos á mi marido?

Recuerdo que me ofreció usted una visita. Ya sabe usted que á las seis se come en esta su casa.

.....»

CARTA DE UN CESANTE.

«Señor don N. N.: Un desgraciado padre de familia, persona decente hasta hace poco tiempo, con seis hijos y su esposa en cinta, desea encontrar alivio á sus necesidades en las almas caritativas, y suplica usted se sirva contestar al dador de esta que es mi niño mayor, y pasará á recoger la contestacion.»

CARTA DE UN PRESO.

«Señor don José: Ya sabe usted que ase año y medio que me tienen aquí enserrado sin motivo y que desde que le nombré á usted mi abogado no he sesado de molestarlo pues hoy vuelvo á haserlo para desirle que haga porque me saquen por que yo soy inosente hasta sierto punto si se quiere, porque yo estoy aquí por un mal querer y toa Dios sabe que si se quiere yo no debia estar aquí y estoy jasiendo farta en otra parte como ya lo sabe usted y no digo más y espero haga usted lo que pueda y mi reconocimiento será por toa la vida y es suyo reconosido siempre, siempre afertísimo,—*Manolo.*»

CARTA DE UN CÓMICO.

«Querida Manuela: Ya habrás visto por los periódicos el éxito que aquí he tenido, y los grandes aplausos que estoy recogiendo todas las noches. El público no cesa de obsequiarme, y anoche, al acabar *La Carcajada*, me hicieron salir seis veces y me colmaron de aplausos, y en fin, es una ovacion contínua la que estoy recibiendo, y dicen que no han tenido nunca un primer actor mejor. Hazme el favor de

llegarte á la administracion de *La Correspondencia* y llevar un sueltecito que te escribirá mi hermano diciendo que estoy gustando mucho, y procurad decir mucho en pocas líneas, para que no os cueste tanto, pues me han dicho que ahora está muy caro eso. El objeto es que este infame de Luis que está aquí intrigando con todo el mundo para fastidiarme y quitarme las simpatías del público, se fastidie y rabie, y ademas á ver si conseguimos una buena contrata el año que viene.

Adios, querida; piensa mucho en—*Lúcas.*»

CARTA DE UN POLLO.

«Amable condesa: Remito á usted los versos que me pidió para su álbum. Perdóneme usted la *effronterie* de haberlos hecho tan malos, en gracia de la buena intencion.

Creo, sin embargo, que serán los mejores que yo haya hecho, porque sus ojos de usted inspirarian al ménas poeta.

Sans adieu, es siempre suyo, p. b. s. p.,—*Cárlos.*»

CARTA DE UN HOMBRE DE BIEN.

«Señor don X. X.: Adjuntos son los dos mil reales de nuestra deuda, que vence en fin de Agosto próximo. Me apresuro á pagarla, porque sé que la desconfianza es natural en ustedes los que prestan, y no quiero que ni por un momento se dude de mi honradez, nunca desmentida.»

CARTA DE TODO EL MUNDO.

«1º de Julio de 1873.

Amigo mio: ¿Me hace usted el favor de cinco duros?»

.....

.....

XV

LA TELEGRAFIA.[1]

La práctica y la ciencia.—Un aviso á la candidez del lector.—Los arqueólogos del porvenir.—La interrupcion es una ventaja.—Un mozo que viene cansado.—Necesidades del ordinario.—Un banquete que seria un castigo.

I

La práctica es una cosa fatal.

Al cabo de veinte años de servicios, los telegrafistas han conseguido que cada vez lleguen mas tarde los despachos á su destino.

1 Despues de haberse publicado este artículo en la mayor parte de los periódicos de España y América, una comision del cuerpo de telégrafos pasó á dar quejas al autor, el cual tranquilizó por completo á los quejosos. Un artículo de costumbres no es ni debe ser nunca una diatriba; y despues de todo, si el servicio telegráfico en España es deplorable, la culpa no es de los telegrafistas, que trabajan mucho y ganan muy poco, sino de los gobiernos, que descuidan las líneas con el mayor cuidado.

Los telégramas se parecen á algunos patriotas, en que todavía no han llegado á *su destino*.

¿No es verdad que se necesita haber nacido español, y con pasta de empleado en telégrafos, para haber conseguido que la electricidad sea una cosa pesada?

Parece imposible que en un país meridional se haya logrado, á fuerza de años de servicios, prolongar el tiempo que tarda la chispa eléctrica en recorrer una distancia.

Sé de un físico inglés que va á publicar una obra de texto, en la cual se leerá lo siguiente:

«La chispa eléctrica recorre sesenta leguas por minuto, excepto en España, donde no se le permite que corra mas de dos.

«No está averiguado si consiste en el clima ó en el gobierno.»

II

Essas observaciones podrán parecer exageradas á mas de una persona, sobre todo si esta persona se fia de lo que dicen los telégramas.

Para que nadie incurra en equivocaciones, voy á dar un aviso al lector.

Supongamos que el lector recibe un telégrama de Zaragoza, telégrama expedido, por ejemplo, el dia 28 de un mes cualquiera.

El telégrama dice:

«Expedido el 28 á las siete de la noche. Recibido en Madrid el 28 á las ocho de idem.»

El lector no podrá suponer que el telégrama se ha retrasado, ni mucho ménos.

Sin embargo, por el correo supo ya lo que querian avisarle con tiempo por telégrafo.

Quédase el lector confundido, creyendo que el correo de Zaragoza ha llegado en media hora á Madrid.

Pues no es eso. Es que el telégrama fué expedido el 28... *¡del mes pasado!*

III

La arqueología hará grandes descubrimientos dentro de algunos siglos.

Los aficionados á aquel estudio encontrarán en la telegrafía española un poderoso auxiliar.

Por ejemplo, en el siguiente caso:

Se recibe un telégrama en Paris, que dice, sobre poco mas menos:

«Barricadas en Jerez.—Motin.—(*Agencia Fabra.*»)

Los telegrafistas franceses no saben qué quiere decir aquello.

La palabra Jerez les es desconocida.

Consultada la Academia de la Historia, recurre esta á la de Arqueología.

—¡Jerez!.... ¡Jerez!.... dice un anticuario. ¡Ah, sí! Jerez era una ciudad que hubo en España en el siglo décimonono.

Efectivamente, volviendo á leer el telégrama, observan que lleva la fecha de Marzo de 1869.

IV

Suele suceder cuando uno va á expedir un telégrama á la estacion central, que *ó la línea está interrumpida, ó* no lo está.

Regla general: cuando los empleados digan que la línea está interrumpida, entónces es cuando debe dejarse allí el telégrama, porque llega mas pronto.

Debe deducirse esto, porque cuando no hay interrupcion el telégrama no llega, ni pronto ni tarde.

Por eso el que llega tarde, al ménos..... llega, y esto ya es una ventaja.

El *ordinario* de antaño es para mí un fenómeno de rapidez que siento no haber conocido.

Tengo que contentarme con suponer que el servicio telegráfico es una cosa ordinaria por lo que tiene de mal servicio.

V

Llaman á la puerta.

—¿Quién es?

—Un mozo de la estacion de telégrafos.

—Dele usted de beber, que vendrá cansado. Habrá salido anteayer de la puerta del Sol.....

—Es que trae un telégrama para usted.

—Dígale usted que ya sé lo que es; que se lo regale á la novia.

Hace pocos dias que una persona de mi familia me puso un telégrama anunciándome que otro pariente muy cercano se estaba muriendo, y que me pusiera en camino.

Excuso decir á ustedes que no tuve por qué moverme de mi casa.

A los dos ó tres dias, la misma persona me anunció en una carta que el peligro habia desaparecido.

Bendije el servicio telegráfico. Si el despacho hubiera llegado á mis manos, hubiera yo tomado el disgusto y el camino ademas. Ya no era necesario.

Supongamos que el enfermo hubiera muerto y que yo hubiera hecho falta..... La telegrafía me hubiera evitado el pesar y el viaje. ¡Los gobiernos son siempre humanitarios!

Una vez me dijo otro pariente por medio del telégrafo, que habia parido su mujer un niño. Le escribí dándole la enhorabuena por el niño, y me contestó diciendo que eran dos las criaturas. «No señor, no es mas que una,» le volví á escribir.

Pero en seguida tuve una idea.

Volví á leer el telégrama.

¡Es claro! En el tiempo que tardó el telégrama en llegar á mis manos, habia parido otra vez la señora.

VI

Lector, un consejo para concluir.

¿Te sucede algo grave que quieras avisar pronto á tu familia?

Pues bien: escribes una carta y se la das á un gallego para que la lleve *en propia mano*, y dices en la carta:

«Esto ocurre. Escribiré despacio por telégrafo.»

.....

¡Ah! Si yo fuera director de comunicaciones, obsequiaria á todos los telegrafistas con un gran banquete.

Les daria sopa de tortuga, y los castigaria mandando que los platos vinieran desde la cocina al comedor por hilos telegráficos.

De este modo no llegarian nunca á los postres.

XVI

GALERIA DE SEÑORAS.

Asegura Perico el ciego que las Marías son muy frias, y rabian de celos; que las Franciscas son vocingleras y las Tomasas perezosas.

Y así de unas en otras, regala cuatrocientas y pico de mujeres por dos cuartos.

Pero eso es antiguo, y acaso será verso; pero ya está averiguado que lo que es verso no es verdad.

De donde resulta que es necesario y casi indispensable un nuevo romance.

Cada dia se hace mas necesario conocer á las mujeres.

Y esto es natural porque cada dia es mayor el número de las mujeres desconocidas.

Madrid hierve en tipos con faldas.

¡Oh jóvenes incautos! Se recomienda la mas exquisita gramática parda.

Supongamos que usted, jóven inexperto, se encuentra con una muchacha que va sola por esas calles, y anda con ese pasito menudito propio de las perdices y de los peluqueros.

Usted se dice á sí mismo:

—¿Quién será?

Para saberlo necesita usted acercarse á ella.

Y decirle.....

¿Cómo podria yo explicarle á usted lo que debo decirle?

Confio en que ya no es necesario explicárselo á usted.

A ella, pues.

¿No responde?

Es una buena muchacha, honesta, recatada hija de familia, y, por lo ménos, ribeteadora.

Y tal vez no es eso.

Tal vez es una casadita, mujer de bien, propiedad exclusiva de su marido, y que va pensando en que el susodicho marido la espera en casa.

Este primer caso es el mas raro de todos.

Porque es la excepcion.

Porque las muchachas honestas y virtuosas que no responden al transeunte son las ménos.

Demos por supuesto que sí responde.

Casi estoy seguro de que dice:

—*Cabayero, ustez se ha equivocado.*

O si no:

—*Cabayero, haga usté er favó de retiralse.*

Y ya no hay que dudar; ó es una modista, ó una patrona que necesita un caballero *de confianza.*

Para saber la verdad á punto fijo, procúrese enterarse de si tiene padres, segun el sistema indicado en cierta comedia.

¿Tiene padres?

¡Pues entónces no es modestia!

.....

Vamos á otra.

Es una señora que va á un café *con un niño.*

Desde luego se puede asegurar que le gusta el café, considerado como líquido.

Y no es difícil comprender que le agrada el café considerado como establecimiento.

Esa mujer podia estarse en su casa, como la mayor parte de las mujeres.

¿Por qué va al café á tomar *con un niño,* y con un niño que mas que niño parece pretexto?

Le digo á usted que esa mujer es asequible.

Jóven incauto, puede usted acercarse.

¡Sin miedo!

.....

Nuevo tipo.

Una mujer que va con una señora vieja y peor vestida que ella.

Se la ve en los teatros.

Unas veces ocupa una butaca de primera fila.

Otras veces se esconde en las últimas filas de la galería baja.

Ya usa vestido de seda, sombrero de moda, guantes lila y botas imperiales.

Ya se la ve con vestido negro, sin miriñaque, y con pañuelo á la cabeza.

Si va al teatro, aplaude á Mario, á Zamora y á los actores jóvenes y guapos.

Si va á los toros se interesa por Lagartijo.

Va al café Imperial á última hora, y toma chocolate con media tostada de arriba.

A veces usa perro de aguas.

La señora que la acompaña le habla de usted.

No necesito decir mas.

No sé si me explico.

.....

Y por último:

¿No han visto ustedes muchos dias en los paseos mujeres que se dan á ver en carretela descubierta, acompañadas de hombres con patillas grandes, y vestidas con cierto *abandono?*

¿Mujeres que por la mañana son morenas, por la tarde blancas y por lo noche rubias?

¿Quiénes son esas mujeres?

¿Cómo están en todas partes y no las conoce nadie?

En el gobierno civil las conocieron hace años.

En su casa las conocen mucho.

En San Bernardino las conocerán pronto.

XVII

EL FUSIL Y EL LIBRO.

(A raíz de la revolucion de Setiembre.)

I

Convengo en ello. Es necesario que el pueblo esté armado y haya fuerzas populares.

Es necesario y conviene. ¿Quién puede dudarlo, sabiendo que el llamado Cárlos VII se apercibe á fiera lucha, y que la libertad, por lo mismo que es tan preciosa, está expuesta á perderse á cada momento?

El ciudanano, por consiguiente, debe tener su *fusil* en su casa para el dia que la libertad peligre.

Pero como toda observacion es útil, bueno será que observemos en una materia que se presta á ello.

No se si el lector habrá notado que de todas partes y en todos los tonos piden los pueblos armas al gobierno.

Ya es un ayuntamiento el que pide doscientos fusiles.

Ya es un comandante de voluntarios que necesita *para su fuerza* trescientas carabinas.

Ya es un periódico que dice un dia y dos y siete y ocho consecutivos, que es necesario dar mayor número de fusiles á los ciudadanos.

No hace mucho que leí en un periódico:

«Don Fulano de Tal va á regalar al ayuntamiento dos mil tercerolas.»

Y creo que fué anteayer cuando leí en otro lo siguiente:

«Pronto, muy pronto, recibirán los batallones de voluntarios el completo de las armas que necesitan.»

Por si acaso estas noticias son pocas, las aumentaré con esta otra, que han publicado diversos diarios:

«El ayuntamiento de Madrid va á adquirir veinte mil carabinas.»

Queda, por consiguiente, probado hasta la evidencia que el comercio de armas de fuego está en todo su esplendor.

Confio en que con estos datos presto un gran servicio á los comerciantes españoles.

Y si alguno se queja de que *no vende nada*, que es la frase corriente en España hace dos ó tres años, no me dará lástima.

Porque si el que tal cosa me dice es un librero, por ejemplo, le contestaré:

—Usted se tiene la culpa. Venda usted fusiles.

II

—El comercio de libros, me han dicho algunos editores estos dias, está completamente perdido.

La noticia no deberia extrañarme, porque, con cortas excepciones, los libros en España han sido casi siempre artículos de lujo.

¿Qué digo? Si hubieran sido artículos de lujo se hubieran vendido.

Me valdré de otra expresion mas dolorosa. Los libros en España han sido hasta hoy una cosa de la cual todo el mundo ha podido prescindir.

Por eso la noticia que los editores me han dado no debia haberme sorprendido.

Sin embargo, como quiera que hace algun tiempo los libros se venden mas baratos; como la aficion á la lectura ha aumentado desde que ha aumentado el número de traducciones porque, eso sí, lo extranjero siempre nos ha hecho felices), y como hemos hecho una revolucion que ha quitado grandes trabas á la imprenta, la noticia ya me parece un poco grave.

—No se lee, me ha dicho un editor, porque la política lo absorbe todo. El periódico es algo mas favorecido, pero el libro está muerto.

Sin saber por qué, me vuelvo á acordar de las veinte mil carabinas del ayuntaminto.

Cual si el comercio de libros tuviera algo que ver con las fábricas de Eibar, me acuerdo otra vez de la boga que alcanzan los fusiles.

El pueblo no lee, pero quiere armarse.

Hay cinco millones de españoles que no saben leer; pero los españoles *todos* quieren tener un fusil en casa.

¡Qué equivocaciones tan graciosas tiene la humanidad!

Se figura que es mas fácil adquirir un arma de fuego que un libro de trescientas páginas.

¿Qué mas? Hay quien celebra su propia ignorancia diciendo muy risueño que le *estorba lo negro.*

Y sin duda por eso todos quieren tirar al blanco.

III

Resumamos.

¿Cuánto vale un fusil?

Quiero ponerlo á un precio fabulosamente barato.

Quiero suponer que vale cuatro duros. ¿Lo quiere usted mas barato? Pues no es posible dárselo á usted. Me cuesta más, como dicen los dependientes de las casas de comercio.

¿Cuánto vale un tomo de trescientas páginas?

Un tomo de trescientas páginas vale cuatro reales.

Tenemos, pues, que por lo que vale un fusil se pueden comprar veinte libros.

¡Y en veinte libros se pueden estudiar tantas cosas!.....

La ciencia y la moral, que juntas constituyen la verdadera religion del hombre, pueden estar comprendidas en esos veinte tomos.

Un hombre estudioso y formal debe adquirir los conocimientos políticos necesarios para poder hacer uso de sus derechos sin olvidar sus deberes.

En el estado actual de la ciencia, veinte tomos pueden dar idea suficiente de muchísimas cosas importantes.

Los ayuntamientos que piden doscientos fusiles, podrian pedir, establecido el cambio que de estas observaciones se deduce, cuatro mil volúmenes de ciencias naturales al alcance de todos. Estos volúmenes se podian repartir entre los ciudadanos pobres.

¿Quién sabe si al cabo de doce años la sociedad española habria cambiado de aspecto?

Pero ¡bah! no hagan ustedes caso.

Estas observaciones no pasan de ser una bagatela pensada en un momento y escrita en media hora.

Siga el consumo de fusiles, que todas estas cosas que han sido objeto de nuestra conversacion, son teorías y nada mas que teorías.

XVIII

MODAS.

Es preciso que la sociedad se entere bien de lo que le vamos á decir, porque aunque parezca que no, la cosa es importantísima.

Todos los años, todos los dias, á todas horas, se hace necesario que cada individuo mire á los individuos que le rodean y observe cómo llevan dichos individuos el sombrero, de qué hechura son sus gabanes y de qué forma son sus pantalones; hecho lo cual, el individuo está en la indispensable obligacion de vestirse como los demas.

Todos los dias, todas las horas, á cada minuto, á cada segundo, mi mujer, y su mujer de usted, y las mujeres de todos los maridos, necesitan saber qué prenda es la que ha variado de forma y color, qué género de penaido es el que *priva*, qué altura ha de tener el tacon de la bota; hecho lo cual, necesita *imprescindiblemente* salir de su casa para ir á

casa de la modista, á casa del zapatero, á la tienda de sedas, y comprar en todas partes lo que necesita llevar á todas partes.

Si el hombre no se viste como los demas hombres, ¿qué dirán los demas hombres de su persona? Le llamarán ridículo, harán burla de él, sospecharán que le duele gastar en vestirse..... ¡y eso es horroroso!

Si la mujer no sale á la calle vestida segun las últimas órdenes de la moda, ¿qué dirán de ella las demas mujeres? Dirán que es una *cursi*, que está viviendo en el siglo pasado, que no tiene gusto para vestir, y que tal vez *la pobre no tiene para gastar mas*..... ¡y eso es horroroso, muy horroroso!

Estas necesidades sociales, estas imprescindibles reformas y variaciones en el trage, son frecuentes, muy frecuentes.

Cada variacion significa un gasto muy importante, muy importante.

Cada gasto importante ataca directamente á la tranquilidad de la familia.

Resulta, pues:

Que el sombrero del caballero y el *polisson* de la señora se han llevado este mes dos ó trescientos reales, que es el valor del pan y cosas así, de ocho ó diez dias.

Pero como la moda es digna de obediencia; como el *¿qué dirán?* es mas respetable que el honor; y como el que no va de moda no es bien recibido en ninguna parte, hay que bajar la cabeza y obedecer.

Conviene que el caballero y la señora sepan á qué atenerse.

Conviene que sepan ante quién bajan la cabeza.

Cuatro pilletes asalariados por el propietario de una es-

pecie de periódico parisien, y otros cuatro pilletes pagados por el dueño de un almacen de modas, son los encargados de trastornar el juicio de toda la Europa civilizada.

El dia en que aquellos pilletes están de mal humor, cogen la pluma y dicen para sus adentros:

—Hoy vamos á cortar el vestido á todas las mujeres.

Y al dia siguiente el mundo sabe que todas las mujeres deben usar el vestido corto.

En ménos de un mes todas las mujeres acortan sus vestidos.

El almacenista de modas dice entónces:

—Este negocio ya no va bien. ¡Es preciso decir que está en moda el vestido largo!

Y á los pocos dias las mujeres se apresuran á comprar tela para los nuevos vestidos.

De este modo la humanidad se arruina y los comerciantes de la vanidad se enriquecen.

Con decir que la moda lo manda, con asegurar que ya nadie que tenga buen gusto puede llevar esta prenda ó la otra, basta para que el mundo se deje persuadir, so pena de caer en ridículo.

Esto es lo que pasa.

Pero no, nos hemos equivocado.

Pasa algo mas todavía.

La humanidad tiene cierta propension á lo estúpido, que solamente se explica comprendiendo hasta dónde llega la vanidad humana.

Decidle á una mujer *infiel*, y probablemente sonreirá, como diciendo:

—¿Y qué mal hay en ello?

Decidle *fea*, y vereis cómo se pone.

Decidle á un hombre:

—¡Estás entrampado!

Y es muy posible que responda:

—Bueno. ¿Y qué? Cualquiera lo está.

Decidle en seguida:

—¡Estás en berlina!

Y se pondrá pálido, y mirará á todos lados, y como lo crea, se avergonzará de estar en berlina, aunque la causa sea un sombrero de cinco palmos.

Así, pues, estamos seguros de una cosa.

Estamos seguros de que la moda será siempre respetada por estúpida que sea.

¿Y hay nada mas estúpido que nuestra manera de vestir?

¿Es regular, ni medio regular, decente siquiera, esa chaquetita que los hombres llevan, esos cuellos altos, esos sombreros de niño de cinco años?

¿Es conveniente, ni medio conveniente, ese aditamento que las mujeres han dado en ponerse en la parte posterior de su individuo?

Sin embargo, es moda.

—Fulana lo lleva y debo llevarlo yo, dicen ellas.

—Fulana fué la primera que trajo la moda de Paris. ¡Qué lástima no haber sido yo!

—Fulana viste muy bien; yo necesito vestir como Fulana.

Pero yo quisiera coger por la mano y una por una á cien ó doscientas personas que andan por ahí, y acuden á los paseos, y frecuentan los teatros, y están siempre en todas partes; y decirlas, si eran hombres.

—¿A usted le gusta ir como los demas?

—Sí señor, me responderian.

—Pues en ese caso, el hombre que está siempre en moda es aquel.

—¿Cuál?

—Aquel que está sentado en aquel rincon.

—¿Aquel? ¿Aquel está siempre en moda?

—Siempre.

—¿Con esa facha?

—Con esa facha.

—Pues no lo entiendo.

—Pues yo se lo explicaré á usted sin demora. Aquel hombre no debe un cuarto. Aquel no ha hecho jamas una picardía. Aquel es consecuente en política, trabajador como pocos, amante de su familia, buen padre y excelente amigo. ¿No es verdad que esto siempre se usa? ¿No es verdad que esto sienta bien siempre?

Y en cuanto á las mujeres, tambien podria decirles algo.

Por ejemplo, podria decirles:

—Está usted encantadora.

—¡Gracias!.....

—Seductora.

—Favor.....

—Arrebatadora. Pero todavía falta algo.

—¿Eh?

—Sí, falta algo. Conozco una mujer que no sale de su casa y siempre está de moda.

—¿Y para qué le sirve?

—Para ser buena esposa, buena madre y excelente amiga.

—Pues ¿qué es lo que se pone?

—Se pone de varios colores. Encarnada cuando le hablan de *desnudarse* para *vestirse* de baile. *Pálida* cuando un extraño la dice una flor. *Verde* cuando ve á una madre que deja á sus hijos por ir á la ópera á estrenar un traje.

¡Que gran mujer!

Probablemente las señoras á quienes yo me dirigiera desecharian mi figurin, pero..... ¡la verdad es amarga!

XIX

LOS QUE VAN Y LOS QUE VIENEN.

Este es el juego de las instituciones.

A los ocho meses de ministerio, se van unos ministros y vienen otros.

¡Siempre lo mismo!

Por mas revoluciones que hagamos, por mas tronos que derribemos y por mas vueltas que le queramos dar á la cosa pública, no saldremos de lo de siempre.

¡Lo de siempre! A los ocho meses de haberse formado un ministerio, hay que formar otro.

Lo mismo me da que el ministerio anterior lo haya hecho bien que lo haya hecho mal. Lo importante es que entren ministros frescos.

—¡Mudamos de ministros como de camisas! dicen los españoles, y tienen razon.

BLASCO.

Pero no puede ser de otra manera. Hay siempre tres personas que aguardan la caida de una.

Para cada cartera que queda vacante se indican tres apreciables sugetos.

Y así sucede que los que se van *monologan*, y los que se han de venir hablan solos.

¡Oh, qué misteriosos monólogos!

El ministro que se va tiene la conciencia tranquila.

Ha hecho cuanto ha podido por el bien de su patria. Si no ha hecho mas, es porque sus compañeros no le han dejado. ¡*Tenia* buenos deseos! (Tiempo pasado.)

El ministro que viene piensa en grandes reformas, en grandes economías, en grandes cosas.

Está dispuesto á hacer; *él hará*. (Tiempo futuro.)

El país..... ¡qué pacífico, qué prudente, qué tranquilo y qué bonachon es el país!

Mira á los que se van y sonrie.

Mira á los que vienen y sonrie tambien.

Ya juzgue bien ó mal á unos y á otros, sonrie siempre.

Ya dice:

—¡Vamos á ver quién entra!

Ya dice:

—¡Gracias á Dios que sale!

Y sigue tán feliz, y sobre todo, paga.

Van á quedar vacantes algunas carteras. ¿Por qué? Porque los que las tenian no han dado gusto al país.

¿Quién las alcanzará? Cualquiera.

Esto parece que no es una solucion.

Y sin embargo, lo es.

Lo es, porque como los puestos quedan vacantes, hay que ocuparlos. ¿No es esto una gran verdad?

Los nombres de los futuros ministros forman una lista pue ocupará todo un periódico.

Hay abundancia de nombres notables.

Cuando un ciudadano reflexiona sobre el estado del país, suele exclamar, como desconsolado:

—¡Aquí faltan hombres!

—¡Cómo! dice otro. ¿Cree usted que no hay en España...

—¿Hombres notables? Creo que no los hay. No veo en este país, como en otros, una especialidad para la guerra, otra especialidad para la hacienda, otra para.....

¡Pobre ciudadano inocente! Ignora que los hechos le han de desmentir pronto.

¿Que ha hecho Fulado en hacienda? Nada, ó algo peor.

Pues bien; va á quedar vacante el puesto de Fulano.

Pasan de tres los nombres que suenan, pertenecientes á otros tantos candidatos para la cartera de Fulano.

¡Nos hemos salvado! O mejor dicho: ¡La hacienda se salvó!

Ya no habrá apuros, ya no habrá empréstitos, ya no habrá murmuraciones.

¿Y en gobernacion?

¡Oh! ¡Para gobernacion hay mas candidatos todavía!

¿Y para fomento?

Mil personas hay que están dispuestas á hacer muchísimo mas que el actual ministro.

En una palabra: nos falta la crísis para arreglarnos, y ahí está.

Mal, bastante mal lo han hecho los ministros que dejan las carteras. Pero conselémonos. Los que vienen harán milagros.

Ellos sacarán dinero de las piedras.

Ellos darán soluciones prontas y convenientes á las dificultades que existen.

Ellos protegerán al pueblo.

Ellos harán justicia á todo el mundo.

¡Bien venidos sean tales señores! Cuando sus nombres corren de boca en boca, prueba de que podrán conjurar la tormenta.

Grande es el dolor del ministro que sale.

—¡Dejar el puesto, murmura, ahora que habia yo pensado hacer tantas cosas! ¡Ahora que tantas economías se me ocurren! ¡Perder en un momento seis mil duros!..... ¡Ah! ¡Yo *tenia* muy buenos deseos!

Tenia: (tiempo pasado).

¡La cartera! dice el ministro que viene. ¡El sueño de toda mi vida! ¡Qué feliz voy á ser, y qué tono me voy á dar! Procuraré hacer algo en pro del país, si me es posible.

Procuraré: (tiempo futuro).

.....

Y en estas cosas pasa el tiempo.

XX

¡ESTO VA MAL!

Para quien tenga génio observador, la época presente se presta á grandes y filosóficos estudios.

Siempre he creido que en España lo peor que hay que tener es carrera.

A mas de cuatro lectores les parecerá grave esto que con toda formalidad les digo.

Y sin embargo, es muy cierto, y dispuesto estoy á probarlo.

Tener carrera en España es perder el tiempo y la salud para lograr morirse de hambre.

Sea usted abogado; será usted lo que son dos ó tres millones de españoles; habrá usted estudiado catorce ó quince años, haciendo gastar á sus papás la cerilla de las oidos: Y ¿para qué? Para que se vea usted en el triste caso de estarse dos ó tres lustros esperando que un vecino le saque los ojos

á otro, ó á que un tio y un sobrino discutan sobre quién se debe quedar con los cuartos que dejó un señor don Fulano de Tal, que se murió por no enfadarse.

Sea usted médico, y tendrá que ayudar á morir á una porcion de individuos cuyas familias dirán que usted mató al paciente; y si cobra usted las visitas será milagro.

Sea usted profesor de..... cualquier cosa. Como vive usted en un país donde el que quiere aprender no puede, y el que puede no quiere aprender, resultará que los discípulos saldrán de la cátedra tan hotentotes como entraron, y el maestro se llevará la fama de estúpido, y cosas por el estilo.

Sea usted literato..... y no le digo á usted mas. Eso lo es todo el mundo, y ademas, produce dolor de estómago.

¡Qué porvenir tan hermoso el del adolescente en el país de los toros y de las casas de préstamos!

Desengañémonos, amigo lector: vale mucho mas no tener carrera.

Vale mas dedicarse á buscar distritos ó á enamorar viejas, que es cosa de gente fina y ayuda á la digestion por de pronto.

Conozco millares de hombres que gozan de consideracion y aprecio, y ni en su vida estudiaron leyes, ni saben á punto fijo si deben escribir *Cristo* con *Q* ó con *S* mayúscula.

Los he visto cruzar los salones con la cabeza erguida y unos cuellos muy tiesos, recibiendo saludos de todo el mundo, y siendo los niños mimados de todas las fiestas.

—¿Quién es ese? preguntaba yo.

—¿Ese? me respondian. Es es..... don Fulano.

—¿Y qué es?

—¡Ah! Es..... yo le diré á usted..... él es muy rico.

—Basta, basta; no hay que saber mas.

Y me veia obligado á exclamar, con los personajes de los melodramas que rabian de celos, aparte:

—¡Todo lo comprendo!

He conocido un hombre cuya historia es mas notable que la de Napoleon el Grande.

Llegó á Madrid el año 48 vestido de chaqueta y con un capital de siete reales.

Al año llevaba levita y leia de corrido.

A los dos años se compró una capa con embozos de felpa y decia en el café que *iba á emprender un negocio.*

A los tres años era corrector de pruebas de un periódico.

A los cuatro publicó una Memoria acerca del crédito (¡del crédito, y no lo conocia ni de vista!)

A los cinco le llamaba *La Correspondencia distinguido escritor*, publicista notable y presunto diputado.

A los seis representó á un pueblo en el congreso.

A los siete era gobernador.

A los ocho, contratista.

A los nueve se casó con una mujer millonaria.

A los diez pidió una autorizacion para hacer un ferro-carril, y se la concedieron, y no lo hizo y ganó dinero.

A los once enviudó, sin saber cómo.

A los doce tenia un palacio.

A los trece tuvo la inoportunidad de morirse, dejando á su hijo una fortuna de cuarenta y dos millones.

El dia de su entierro no hubo bastantes coches en Madrid para hacer el servicio público.

La prensa le dedicó grandes párrafos:

«Banquero distinguido, escritor notabilísimo, hombre probo, su muerte fué como su vida.»

Y murió de gangrena.

Pues bien: aquel hombre nunca supo quién fué el padre de los hijos del Zebedeo.

¿Para qué necesitó aquel hombre la carrera?

¿Qué hubiera sacado con romperse la cabeza estudiando?

Lo que otro ex-conocido mio, que vive por cierto, y que lo pasa como un príncipe.

Es otro modelo que deben estudiar los jóvenes inexpertos.

Jamas carece de nada.

Sus amigos (que pasan de seis mil) le llaman siempre *Juanito*.

Tiene cosas. (El hombre que tiene *cosas* está autorizado para todo.)

Su porte es elegante, su conversacion eruditísima, su lengua incansable.

—¿Y en qué se ocupa? me preguntará usted ahora.

En nada; en comer, en beber, en dormir.

Y todavía le falta tiempo, porque los dias son muy cortos.

El gran secreto de mi ex-conocido consiste en lo siguiente:

Vaya usted á las cinco de la tarde á verle.

Saldrá su criada, y le dirá á usted:

—El señorito no come hoy en casa.

Ahora dígame usted, amigo lector: ¿se necesita tener carrera para ganarse el pan y el vino, y hasta los postres?

Preguntémosle al abogado, al médico, al artista, que viven de su trabajo, si con todos sus años de estudio, han encontrado en algun libro el medio de poder comer todos los dias grátis.

—¡Oh! ¡La sociedad! ¡la sociedad! exclama un cómico personaje de cierta obra bufa.

Y es lo único que se me ocurre en este momento.

Y por si acaso álguien me sale al encuentro y me dice que á cuento de qué vengo hoy con tales declamaciones, me veo en el caso de explicarme mas claro.

Las anteriores observaciones, me las ha sugerido un anuncio que he leido estos dias.

Un anuncio que no debe extrañar á nadie en un país en que apénas llueve, y en el que se dan casos de sentar plaza de millonario.

Un anuncio, en fin, que resume toda una época.

Decia esto, sobre poco mas ó ménos; lo ha publicado *La Correspondencia:*

«Un caballero que ha ejercido de abogado muchos años y que ha sido hasta hace poco juez de primera instancia, desea encontrar colocacion, de escribiente ó cosa parecida.»

El lector no extrañará ahora el título que lleva este artículo, y que demos punto con él á todo género de observaciones.

FIN.

INDICE.

Páginas.

I.—A la marquesa de Santiago..... 5
II.—Amanece.—Dos luces.—Los que duermen y los que velan 11
III.—Dos opiniones autorizadas.—Los españoles son útiles para todo.—Diálogo ante un cuadro.—Un zapatero que es todo un país..... 19
IV.—Un poco de aplicacion á las observaciones anteriores.—Actor, director y autor..... 25
V.—El país.—Todo el mundo sirve para todo.—El periódico callejero..... 33
VI.—Fragmento de un libro.—La fuente del Retiro. 41
VII.—Cuarto desalquilado.—La portera.—Don Felipe.—Las preguntas.—Las condiciones.—Imposibilidad de vivir..... 49
VIII.—La pregunta es una enfermedad nacional.—Mala educacion.—Su lado cómico.—No respondo. 57

Páginas.

IX.—Confesiones..... 63
X.—Milord..... 73
XI.—Los acreedores..... 85
XII.—Los nombres populares..... 93
XIII.—Invento maravilloso..... 99
XIV.—Epistolario español..... 105
XV.—La telegrafía..... 111
XVI.—Galería de señoras..... 117
XVII.—El fusil y el libro..... 121
XVIII.—Modas..... 127
XIX.—Los que van y los que vienen..... 133
XX.—¡Esto va mal!..... 137

COLECCION GENERAL
G 808.8 MIS.1
0 5 2 7 0 2 5
BIBLIOTECA NACIONAL